A person is walking barefoot on a beach at sunset. The person is wearing a light-colored, long-sleeved dress or tunic. The background shows the ocean and a line of trees on the horizon. The sky is a deep blue, and the water is reflecting the light. The overall mood is serene and peaceful.

Rabell Falls

CLARA ANN SIMONS

Rabell Falls

Novela romántica lésbica

Clara Ann Simons

Rabell Falls
Novela romántica lésbica
Clara Ann Simons

Copyright © 2021 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.

Registrado el 10/02/2021 Número de registro **2102106886439**

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La obra describe algunas escenas de sexo explícito por lo que no es recomendable para menores de 18 años o la edad legal del país del lector, o bien si las leyes de tu país no lo permiten.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

<http://www.clarasimons.com>

Twitter: @claraannsimons1

Índice

[Si tuviese amigos, me llamarían Jules](#)

[El lago es mi vida](#)

[El maldito hotel](#)

[La pequeña Julia](#)

[Pensando en ella](#)

[Por fin es mío](#)

[Pensando en Kate](#)

[Libertad](#)

[En el lago](#)

[Quizá sea el destino](#)

[Ya no es nuestro hotel](#)

[Necesito a Kate](#)

[Traición](#)

[Sin explicación](#)

[Ya no me importa](#)

[Desolación](#)

[Permite que me disculpe](#)

[Otros libros de la autora](#)

Si tuviese amigos, me llamarían Jules

Julia borró el mensaje y apagó la pantalla del teléfono móvil. Casi admiraba su persistencia y tenacidad; sería lógico haber abandonado hace ya mucho tiempo y ya no sabía qué debía hacer para que la dejaran en paz de una vez. Ellos en cambio, seguían intentándolo, incluso cambiando de número de teléfono.

¿Acaso no estaba lo suficientemente claro que no quería saber nada de ellos? Al fin y al cabo, sus padres tampoco habían querido saber nada de su vida, sobre todo tras el divorcio. Ya no era la pequeña Julia de doce años que se encerraba en el baño a llorar mientras sus padres discutían y se gritaban como si estuviesen locos, ahora era una mujer adulta y totalmente independiente.

Lo había sido desde muy joven; tras el divorcio, la falta de atención de sus padres y el continuo ir y venir entre ambas casas y la de su abuela cambiando casi cada año de instituto la habían hecho madurar muy rápido. Quizá demasiado.

—¡Que les den! —exclamó entre susurros mientras revisaba los números de la que sería su siguiente adquisición antes de llamar a su mano derecha en la empresa.

Mark Troy se había convertido en una pieza casi fundamental para el negocio, aunque a Julia, a veces, le costase aceptarlo. Casi tan ambicioso como ella, no le importaba dedicar horas y horas a analizar los interminables datos financieros de las empresas que serían su objetivo, digiriéndolos para presentárselos a los inversores de la manera más atractiva posible.

Mark era lo que en el mundo de las finanzas llamaban un “*quant*” alguien capaz de utilizar modelos matemáticos para conseguir una ligera ventaja sobre los competidores, y Julia nunca había trabajado con un *quant* mejor que él.

—Ya está todo analizado, Julia—anunció Mark orgulloso nada más entrar en el despacho.—No creo que tengamos problema para convencer a los inversores, si se cierran el sesenta por ciento de las operaciones de la empresa, el *cash flow* empieza a ser positivo a partir del segundo año y podemos trocear las distintas divisiones vendiéndolas por partes.

—¿De cuántos despidos estamos hablando? —preguntó Julia sin dejar de mirar a través de la enorme ventana de su despacho en pleno distrito financiero de Boston.

—De unos cuatrocientos, habrá que negociar con los sindicatos, pero en estos momentos nos ven casi como a unos héroes que venimos a salvar su barco a la deriva—admitió Mark.

—Bien, concreta una reunión con los posibles inversores para dentro de una semana, estaré unos días fuera—anunció Julia—y, por favor, Mark, quiero que todos los números cuadren a la perfección y que cada inversor reciba un dossier en color con la propuesta, ya sabes lo mucho que le gustan a los fondos buitre los gráficos.

—Y que negociemos los despidos por ellos—añadió el matemático casi como un robot.

Realmente Mark no era matemático, tenía un doctorado en física cuántica por una prestigiosa universidad, pero en la empresa casi todos se referían a él como “el matemático” o simplemente el *quant*. Su trabajo analizando datos financieros le proporcionaba un salario muy superior al que conseguiría dando clases en cualquier universidad o trabajando como investigador, aunque Julia nunca se había detenido a preguntarle si lo disfrutaba, ni siquiera se lo había planteado.

—Julia, otra cosa—añadió Mark antes de salir del despacho.

—Dime.

—He estado dando vueltas a lo de la compra del hotel rural ese en Vermont y sigo sin verlo. Lo siento, no pretendo dudar de tu olfato para las operaciones financieras, nos has llevado muy lejos, pero por más simulaciones que hago me sigue pareciendo un negocio que no está a la altura del resto de nuestras adquisiciones—reconoció el *quant* bajando la mirada.

—Tengo mis motivos, límitate a prepararme los números que te he pedido y que la semana que viene estén listas las propuestas de los estudios de arquitectura para remodelar el hotel. Del resto ya me ocupo yo, mañana partiré hacia allí para analizarlo sobre el terreno—replicó Julia muy seria.

Una vez que Mark abandonó el despacho y se quedó sola, Julia no pudo evitar reflexionar sobre la adquisición del pequeño hotel rural sin apartar la vista de la ventana. Al día siguiente partiría hacia Rabell Falls, una pequeña población en el estado de Vermont para arrasar hasta la última piedra de aquel hotel rural y convertirlo en un moderno centro de convenciones en miniatura para que las empresas y los hípsters ricos pudiesen hacer retiros junto al lago o en la temporada de esquí.

Reconoció que Mark tenía razón, había dado en el clavo con su comentario sobre la adquisición, era cierto que no estaba a la misma altura que el resto de sus operaciones habituales, ni siquiera cerca de ellas. Sin embargo, esta no era en modo alguno una operación habitual; se trataba de algo personal, como cuando hacía tres años compró la empresa donde trabajaba su padre para cerrarla. Aquella vez apenas consiguieron cubrir los gastos y poco más, con el consiguiente enfado de uno de los fondos buitre con los que trabajaban.

Al menos en este caso, el hotelito rural de Rabell Falls significaba una inversión lo suficientemente pequeña como para poder asumirlo con los fondos propios de su empresa, sin necesidad de inversores externos.

Ese pequeño hotel era el último escollo que le quedaba para romper con su pasado; una vez que acabase con él, no habría nada que le recordase a la Julia asustada y frágil de años atrás. Ni a sus padres.

Y de todos sus recuerdos de cuando era niña, el maldito hotel era una espina que tenía clavada desde hacía muchos años, odiaba ese hotel con todas sus fuerzas.

Recordaba aquel aciago verano cuando todavía era una niña, cuando acompañó a sus padres a pasar una semana de vacaciones en un pequeño hotel junto a un lago en la localidad de Rabell Falls, en el estado de Vermont. Supuestamente era la oportunidad para arreglar las cosas entre ellos, aunque acabó siendo el detonante que se llevaría por delante su matrimonio. Es más que probable que ese matrimonio estuviese ya herido de muerte, pero a partir de esas vacaciones todo se precipitó demasiado rápido.

De sus recuerdos de aquel verano solamente guardaba gritos y más gritos, lloros, frustración, desesperación. La sensación de ser la hija que nadie quería. Odiaba ese hotel con toda su alma.

La alarma del teléfono sonó de improviso sacándola de sus pensamientos y con un suspiro recordó que había quedado para comer con Jacob Harmon.

Ya pasada la edad de jubilación, Harmon era una especie de leyenda en el mundo de los fondos buitre, temido e idolatrado a partes iguales entre sus compañeros y competidores. A pesar de la diferencia de edad, era lo más parecido que Julia tenía a un amigo.

Poco después de terminar la facultad supo reconocer el potencial de aquella joven que se pasaba horas y horas trabajando sin importarle nada más en la vida. Fue entonces cuando la tomó bajo su tutela y se convirtió en su mentor, fue él quien le enseñó a canalizar la ira, la frustración y el odio que llevaba dentro y convertirlas en algo productivo. El viejo zorro le desveló valiosos

trucos del oficio y la convirtió en lo que era hoy en día, volviéndose aún más rico en el proceso.

—Perdona, Jacob, se me ha hecho un poco tarde, ya sabes que estamos preparando una adquisición importante—se disculpó al llegar a la mesa de uno de los restaurantes más lujosos del distrito financiero.

—Tranquila, Julia, yo acabo de llegar también, he aprovechado para observar a las otras mesas—respondió el viejo inversor esbozando una sonrisa.

Ni siquiera necesitaba dar una explicación, Julia sabía perfectamente las reglas del juego y era consciente de que a esos restaurantes no se va solamente por la comida sino que es mucho más importante dejarse ver y enviar un mensaje. Nada más enfocar su mirada tres mesas hacia la derecha se dio cuenta de que los representantes de dos grandes bancos de inversión estaban sentados junto a los directivos de una empresa de software puntera de la zona de Cambridge.

—Lo que tú suponías—musitó de manera críptica asintiendo con la cabeza ante la sonrisa de satisfacción del viejo zorro.

—Por cierto, Julia, estaría muy interesado en aumentar mi participación en la nueva adquisición, ¿habéis terminado de analizarla? —inquirió inclinándose hacia ella y bajando la voz.

—Mark está poniendo en orden los análisis y vamos a concretar una reunión la próxima semana con posibles inversores para la primera ronda de financiación, aunque por supuesto ya sabes que tu fondo tiene prioridad a la hora de invertir con nosotros. Le diré a Mark que te adelante el dossier en cuanto esté listo sin esperar a la reunión general—respondió ella con una breve sonrisa.

—¿Sigues pensando en comprar ese hotelito en Vermont?

—Salgo mañana hacia allí a ver si logro convencer al dueño de una vez. Hasta ahora solo he tenido muy buenas intenciones, pero nada más, no acaba de decidirse a firmar la compraventa. Pasaré allí el fin de semana—aclaró Julia con un gesto de desagrado.

—No parece que tengas muchas ganas de ir—apuntó el viejo inversor.

—Ninguna. Preferiría no volver a ver ese sitio en mi vida, pero tengo que convencer a ese viejo imbécil de que firme antes de que el banco se quede con el hotel. Ya le han cortado todas las líneas de financiación, ni siquiera sé cómo es capaz de aguantar—le informó Julia negando con la cabeza.

El viejo inversor se quedó callado al observar al camarero acercarse a ellos con los primeros platos, retomando la palabra en cuanto estuvo lo suficientemente lejos como para no poder escucharlos.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó Harmon mirando por encima de las gafas.

—Tengo que hacerlo.

—Bien, es tu decisión. Espero que una vez que borres esa memoria de tu cabeza encuentres algo más de paz. Sabes que me preocupo por ti, ¿verdad? —reconoció el inversor.

—Lo sé, Jacob, y eso es algo que valoro muchísimo.

—Tu carrera está siendo meteórica, creo que nunca había visto a nadie alcanzar tanto a tu edad, ¿qué tienes... treinta y dos años?

—Treinta y tres, y mucho te lo debo a ti—admitió ella esbozando una sonrisa.

—En la vida hay más cosas además de los negocios y el dinero. Además, no son necesariamente incompatibles. Yo he destrozado dos familias por dar prioridad a mi trabajo, pero en tu caso es aún peor, y todo pasa factura tarde o temprano, no aguantarás a ese ritmo toda la vida y no me gustaría que te quemases como una supernova cuando todavía te quedan muchos años por delante.

—Te lo agradezco, Jacob, pero lo tengo todo controlado—puntualizó ella mientras se servía

una copa de vino.

—¿Sigues con esa chica? ¿Cómo se llamaba, Carrie?

—No, lo dejamos hace algo más de un año—respondió Julia de manera escueta.

—¿Un año ya? ¡Cómo pasa el tiempo! Se os veía muy enamoradas, ¿estás con alguien ahora?

—No tengo tiempo para esas cosas, Jacob. Siempre hay alguna operación financiera reclamando mi atención o fondos como el tuyo pidiendo más operaciones—bromeó ella intentando desviar su atención.

—Solo te digo que todo es importante en la vida, Julia. No lo olvides. Debo irme, que tengas buen viaje y recuérdale a Mark que me envíe el dossier de inversión en cuanto tenga los números finales—añadió levantándose de la mesa y haciendo una seña al camarero para que cargase la comida en su cuenta.

Julia se quedó sentada disfrutando del postre, o al menos intentándolo porque sus pensamientos saltaban a Carrie sin poder evitarlo. Le parecía imposible que hubiese pasado más de un año desde que lo dejaron. Durante un tiempo pensó que aquella chica podía ser la definitiva, se entendían muy bien y respetaba sus largas jornadas de trabajo, pero llegó un momento en el que era imposible seguir. Y el sexo era muy bueno. El sexo... ni siquiera echaba ya de menos el sexo.

El lago es mi vida

El Lago Esmeralda que rodeaba al hotel no era grande, de hecho, era más bien una laguna, pero para Kate Griffin se trataba del lugar más maravilloso del mundo. Debía su color verde esmeralda a los minerales que había en su fondo, procedentes de épocas volcánicas hacía ya mucho tiempo, y desde niña siempre le pareció un milagro.

Esa tarde había vuelto al embarcadero a observar el atardecer, al igual que había hecho en tantas otras ocasiones. Con sus grandes ojos negros clavados en el horizonte mientras el sol desaparecía tiñendo el cielo de rojo, era un momento mágico; algo que cada vez podía admirar con menor frecuencia debido a sus crecientes obligaciones en el hotel.

Durante muchos años, Rabell Falls disfrutó de una economía boyante gracias a una gran fábrica de componentes de automoción que daba trabajo a un número importante de personas. Casi todas las familias en el pueblo tenían a algún miembro relacionado en mayor o menor medida con la fábrica y los negocios funcionaban bien, incluido el pequeño hotel de su familia, cuyas cabañas estaban llenas de huéspedes casi todo el año.

Un mal día, la fábrica cerró. Los responsables dijeron que ya no daba beneficios, que no podían competir con los menores costes de fabricación de otros lugares. Ese día fue un mazazo para Rabell Falls; de la noche a la mañana, un montón de personas se quedaron sin empleo y no pasó demasiado tiempo hasta que empezó a afectar al resto de los negocios de la zona.

Hoy, Rabell Falls era un pueblo triste, con la mitad de los habitantes que un día tuvo. A sus treinta y cuatro años, la mayor parte de los compañeros de instituto de Kate habían tenido que abandonar la localidad en busca de un mejor modo de vida, y el resto sobrevivía como podía en los pequeños negocios que aún aguantaban abiertos.

Poco a poco, el hotel de su familia fue quedándose sin gente. La ocupación plena de las cabañas durante la mayor parte del año dio paso a unos pocos clientes habituales que volvían año tras año, sobre todo en primavera y verano o bien en invierno para la temporada de esquí.

El hotel sobrevivía a duras penas, cada vez con menos trabajadores lo que implicaba que las jornadas de trabajo de Kate eran cada vez más largas, aunque era el precio a pagar por mantener el negocio de la familia abierto. Ella era la tercera generación y, algún día no muy lejano, sería la encargada de hacerse cargo de él; al fin y al cabo se había preparado para ello toda su vida, y por su mente jamás había pasado otra cosa que no fuese dirigir algún día el negocio familiar.

Ya no existían los horarios ni los fines de semana, tan pronto se encontraba en la recepción del hotel como ayudando a limpiar una habitación. Incluso, en los meses en los que no se recibían visitantes, Kate ayudaba con el mantenimiento de las distintas instalaciones, algo que cada vez iba siendo más y más necesario.

—Veo que sigues fiel a tu cita con el atardecer.

Una voz familiar tras ella en el pequeño embarcadero la sobresaltó y sacó de sus pensamientos de manera abrupta.

—Perdona, no pretendía asustarte—añadió la joven acercándose a ella.

—Hola Beth, no es nada, estaba concentrada en el horizonte, ya me conoces—contestó Kate con una sonrisa.

—¿Un día duro? —preguntó Beth acariciando su espalda.

—Bastante, como casi todos.

Beth Loring era algo mayor que Kate y su trabajo como bióloga la había llevado hasta Rabell Falls con un proyecto de una fundación para estudiar la fauna del lago y evaluar el impacto de la contaminación y el cambio climático en la zona, algo por lo que conectó inmediatamente con Kate.

Muchas tardes, después del trabajo, se quedaban en el embarcadero a hablar, o cenaban juntas, o algo más. Se podría decir que Beth era una especie de amiga con derechos, aunque Kate se preguntaba muchas veces si, dadas las circunstancias correctas, podría llegar a ser algo más. Compartían los mismos intereses, las mismas inquietudes. No es que fuese un flechazo, no se le podía llamar amor, pero estaba bien.

—¿Has pensado en lo que hablamos ayer? —preguntó Beth acercándose a su cuerpo.

—Joder, sabes que no puedo—le contestó Kate torciendo el gesto.

—Pero, al menos, ¿lo has pensado? —insistió Beth.

—Sí, pesada, lo he pensado, pero sabes que es imposible, no puedo marcharme contigo a Indiana, ¿quién se encargaría del hotel?

—Kate, tienes derecho a tener una vida, no es tu obligación encargarte del negocio de tu familia. No es por nada, pero en Rabell Falls quedáis cuatro gatos, tú misma me lo has dicho, y las posibilidades de que esto vaya a mejorar son más bien escasas tirando a nulas. Vale que es un sitio precioso, el entorno natural de este lago es de lo más bonito que he visto en mi vida, pero aquí no tienes futuro. Te vas a ir marchitando poco a poco y no encontrarás la felicidad. Por favor, Kate, no sacrifiques tu vida por el negocio de tu familia—rogó la bióloga.

Aunque le doliese, Kate sabía que lo que Beth le estaba diciendo era verdad. Sin embargo, también sabía que no tenía otra opción; era lo que se esperaba de ella, el sueño de su madre, y antes de sus abuelos. Quizá lo único que sabía hacer y a esas alturas de su vida no se planteaba otra cosa.

Eso no impedía que sintiese que una daga le atravesaba el corazón; Beth debía abandonar Rabell Falls para volver a Indiana y la estaba dejando escapar, al igual que había dejado escapar a otras mujeres antes que a ella. Todo por luchar por el negocio de su familia.

—Sabes que tengo razón, ¿verdad? —le preguntó Beth cogiendo su mano mientras caminaban hacia la cabaña.

—Sí—respondió Kate de manera escueta bajando la mirada.

—Pero no piensas hacer nada al respecto—agregó Beth con un tono cargado de decepción.

—No puedo.

—¿Será nuestra penúltima noche, entonces? —preguntó Beth besando su mejilla, aunque ya conocía la respuesta.

—Puedo ir a visitarte a Indiana, y tú puedes venir aquí.

Beth prefirió no contestar consciente de que no había ya nada más que ella pudiese hacer. Mientras abría la puerta de su cabaña para dejar entrar a Kate reflexionó sobre lo injusto que era todo esto para ella, para ambas en realidad, pero para Kate era una especie de maldición escondida en un regalo. Tenía el negocio de su familia, si todo iba bien podría trabajar en él para siempre, pero a cambio debía sacrificar su vida, no podía elegir hacer lo que de verdad quería. El sacrificio le pareció demasiado grande.

—¿Te apetece una cerveza o quieres algo más fuerte? —preguntó Beth abriendo la puerta del minibar.

—Cerveza va bien—agradeció Kate rodeando con los brazos la estrecha cintura de Beth y pegándose a su espalda.

—Te echaré de menos—reconoció la bióloga cerrando los ojos y suspirando mientras sus dedos se entrelazaban.

Permanecieron así un buen rato, sintiendo el calor de sus cuerpos mientras se fundían en un abrazo que parecía detener el tiempo y hacer que se olvidasen de que muy pronto estaría a miles de kilómetros de distancia.

Beth se dio la vuelta y, clavando la mirada en su acompañante, expulsó lentamente una bocanada de aire al tiempo que cerraba los ojos y negaba con la cabeza. Sabía que quería tener su cuerpo; aunque nunca más se volviesen a ver a partir de mañana, hoy necesitaba su cuerpo.

Apretando sus nalgas entre las manos, la atrajo hacia ella borrando la poca distancia que las separaba y sus labios se encontraron en un beso apasionado que parecía no tener fin. Mientras tanto, sus dedos sacaban la camiseta de su pantalón y se colaban por debajo de ella buscando acariciar esos pechos a los que se estaba volviendo adicta.

Kate suspiró al sentir la cálida mano de Beth recorriendo su piel, levantando la copa de su sujetador para buscar sus pezones con su dedo pulgar que se pusieron duros de inmediato al sentir el deseo recorriendo su cuerpo.

Se desnudaron con prisas, dejando un reguero de ropa que conducía hasta la cama y Kate sintió un escalofrío cuando el cuerpo de la bióloga cubrió el suyo dejando que el calor de su piel la envolviese como la más exquisita de las mantas, abriendo las piernas para que sus dedos se colasen entre ellas.

Se deshizo entre gemidos, goteando mientras los dedos de su amiga exploraban su interior, clavando las uñas en sus hombros para intentar apagar los gritos que pretendían escaparse de su boca mientras Beth le provocaba un maravilloso orgasmo.

Se dejó caer sobre la cama, relajada, intentando recuperar la respiración, con su pecho elevándose como si acabase de correr una maratón mientras sus dedos dibujaban círculos imaginarios alrededor de los preciosos pezones de Beth.

Cuando hubo recuperado las fuerzas, Kate dio un rápido giro para colocarse a horcajadas sobre ella. Sujetó contra el colchón sus muñecas por encima de la cabeza mientras besaba su cuello y lo recorría con la punta de la lengua, haciéndola gritar al sentir un pequeño mordisco sobre el hombro izquierdo.

Se sentía excitadísima, presa de un deseo primario, casi salvaje, con ganas de devorar a aquella mujer a la que, por desgracia, estaba casi segura de que no volvería a ver una vez que abandonase Rabell Falls. Poco a poco, fue deslizándose su cuerpo hacia abajo para recorrer con la lengua sus pezones, haciéndola gemir cada vez que los mordía entre sus labios, unos gemidos que se incrementaban al avanzar hacia su sexo y se convertían en incontrolables al lamer su sensible clítoris una y otra vez hasta hacerla llegar al clímax.

—Joder, ¡cómo te voy a echar de menos! —suspiró la bióloga intentando recuperar la respiración—eres increíble.

Kate se acostó a su lado, cubriéndola con la manta y de pequeños besos sobre su cuello como había hecho cada noche durante la última semana. Mientras se iban quedando dormidas, no pudo evitar que algunas lágrimas se escaparan de sus ojos al pensar en que su corta relación estaba a punto de acabarse.

El maldito hotel

El edificio frente a ella iba a ser el mejor hotel de los alrededores, incluido un pequeño y moderno centro de convenciones que atraería reuniones de empresas y retiros de equipos directivos para dedicarse a la planificación. Solo que posiblemente, ese edificio en concreto que estaba ante sus ojos no existiría, porque Julia pensaba derruir todo el hotel, se había jurado a sí misma que no dejaría piedra sobre piedra.

Tenía ya algunas ideas, incluso las había discutido con un estudio de arquitectura de Boston. Las antiguas cabañas de madera serían sustituidas por otras más modernas con grandes ventanales que cubrirían la pared entera y darían la oportunidad a los huéspedes de disfrutar de las vistas.

A eso habría que añadirle salas de reuniones, un buen gimnasio, un estudio de Yoga y quizá una piscina climatizada para el invierno. Tendría que reformar el antiguo embarcadero, si es que seguía en pie, para que los futuros huéspedes pudiesen disfrutar de una variedad de deportes acuáticos.

Mientras tanto, aquel hotelito no parecía haber cambiado en nada desde que había venido con sus padres cuando tenía tan solo doce años. Lo recordaba más grande, quizá mejor cuidado, pero seguía pareciendo recién salido de un libro de colorear para niños, con sus cabañitas de madera y senderos de piedra. En su caso, de un libro de pesadillas.

Tras bajarse del taxi y dejar una generosa propina, no pudo evitar inspeccionar la construcción de madera del edificio principal, en donde se encontraba la recepción del hotel. Debía reconocer que, aunque le faltaba mantenimiento, era una construcción duradera. Sin embargo, ese mantenimiento continuo era una carga que un hotelito de ese tamaño no podía permitirse, los edificios actuales debían ser sustituidos por otros con materiales más baratos y fáciles de mantener.

Antes de entrar en el edificio principal, se fijó también en el número de coches aparcados. Parecían más bien pocos para esta época del año; desde luego, recordaba ese aparcamiento casi lleno cuando había venido con sus padres aquel aciago verano de hacía un poco más de veinte años. Sin poder evitarlo, una sonrisa se esbozó en su boca pensando en que, seguramente, podría pagar menos dinero por el hotel de lo que el actual propietario estaba pidiendo.

Julia respiró profundamente al entrar en la recepción y dejó que el aire saliese poco a poco de sus pulmones. Estaba exactamente igual a como lo recordaba, el problema es que sus recuerdos de esa recepción parecían centrarse en el último día en que abandonaron el hotel, después de una semana de lloros y discusiones que parecía haber salido del mismísimo infierno.

—Bienvenida al hotel—exclamó tras la mesa de la recepción una mujer de unos cincuenta años.

Julia siguió observando la recepción, ignorando a la recepcionista, con sus ojos fijos en una antigua fotografía que colgaba de la pared en la que aparecía una niña con sus padres. Parecían muy felices. Pronto reconoció a aquella niña, era Kate o Katia, algo con “K” seguro, no podía recordar el nombre en concreto, de lo que sí se acordaba es que aquella niña había sido lo único positivo que se había cruzado en su vida en aquella aciaga semana.

¿Cómo no iba a recordarla? No podía olvidar esos hoyuelos que se formaban alrededor de una boca muy pequeña cuando sonreía, las diminutas pecas bajo unos enormes ojos negros, su eterna

positividad contagiosa, cómo escuchaba sus penas sin cansarse y la sensación de sentirse querida cuando la abrazaba mientras lloraba en su hombro. Recordó muchos años a aquella niña, aunque ahora era solamente un vago recuerdo del pasado.

—Es la familia Griffin, los dueños del hotel—puntualizó la recepcionista al ver que su mirada no se apartaba de la fotografía.

Julia siguió inspeccionando la recepción sin decir ni una sola palabra ante la atenta mirada de la mujer tras la mesa de la recepción y golpeó varias veces el suelo con el tacón de su zapato como para asegurarse de su calidad. El estudio de arquitectos que iba a contratar le aseguró un trabajo de calidad, aunque ella misma empezaba a dudar de si en el fondo de su corazón estaba más interesada en el trabajo de demolición que en el de construcción.

No podía marcharse de allí sin convencer al dueño del hotel de vender cuanto antes. Sabía a través de sus contactos en la banca que le habían cortado las líneas de crédito, por lo que no podría aguantar demasiado con el hotel abierto y acumulando unas pérdidas crecientes.

En cualquier caso, pretendía cerrar la compra lo antes posible. Había recibido demasiadas evasivas por parte del propietario, muchas palabras huecas, y esperaba que una reunión cara a cara acelerase todo el proceso. Acababa de llegar y ya tenía ganas de salir de allí, de volver a Boston cuanto antes.

Todavía con sueño y repasando en su cabeza lo que había pasado la noche anterior, Kate Griffin se dirigió al edificio principal del hotel para dar descanso a la recepcionista. Por el camino se detuvo a saludar y charlar con varios de los huéspedes, la mayor parte de ellos conocidos, que habían estado en el hotel más veces.

Era la parte que más le gustaba de su trabajo, hablar con los clientes, conocer sus opiniones, asegurarse de que su estancia era especial y de que disfrutaban del maravilloso entorno del Lago Esmeralda y de su magia.

Al entrar en el edificio principal, observó a Carrie tras la mesa de recepción con una nueva cliente que parecía desubicada, mirando sin parar las instalaciones como si estuviese inspeccionándolas por algún motivo.

Con los años, Kate se había acostumbrado a que de vez en cuando apareciese un huésped algo más puntilloso que los demás, de esos que se quejan porque alguna cosa sin importancia no está justo como ellos quieren, y se preguntó si la elegante mujer encajaría en esa categoría.

—Ya me encargo yo, Carrie, vete a descansar un poco—indicó a la recepcionista con una sonrisa.

Carrie Roberts llevaba toda su vida trabajando en el hotel y para Kate era como una segunda madre. A sus cincuenta y cinco años, delgada y fuerte, se ocupaba principalmente de la recepción, pero podía echar una mano en la cocina, con las habitaciones o incluso en mantenimiento.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó a la elegante mujer con la mejor de sus sonrisas.

—Tengo una reserva a nombre de Julia Cooper—contestó la nueva huésped sin dejar de revisar el área de recepción casi como si fuese una inspectora de policía que trataba de resolver un crimen.

—Sí, correcto, la cabaña número siete, aquí la tengo. Esa cabaña está un poco más alejada que las demás, ¿prefiere que la pasemos a otra más cercana al edificio principal? Tenemos varias cabañas vacías.

—He pedido expresamente quedarme en la cabaña número siete—puntualizó Julia con tono autoritario.

—Perfecto, la cabaña número siete entonces. Como le digo, es una cabaña algo más alejada, cercana al lago, esa zona es un remanso de paz—expuso Kate orgullosa.

—Es justo lo que necesito—interrumpió la huésped.

Mientras tomaba nota de la identificación para abrir la reserva, Kate se fijó en la mujer que ocuparía la cabaña número siete. Era más alta que ella; perfectamente arreglada y vestida con un traje de negocios, no parecía estar de vacaciones. Su cabello rubio estaba recogido en una cola de caballo, aunque lo que más resaltaban eran unos preciosos ojos verdes. Por un momento pensó que sería una maravilla observar de cerca esos ojos verdes junto al lago al atardecer.

—¿No tiene día de salida especificado? —preguntó Kate extrañada al meter los datos en el ordenador.

—No sé el tiempo que me voy a quedar en el hotel—respondió Julia con la misma sequedad que a las anteriores preguntas.

—Muy bien, si me puede seguir, por favor, la acompañaré hasta su cabaña.

Kate salió del edificio principal y tomó uno de los caminos hacia la cabaña número siete, sintiendo los pasos de la misteriosa cliente tras ella, e imaginándose qué pensaría de su indumentaria. Prácticamente se acababa de levantar después haber dormido poco por la noche y había salido de la cabaña de Beth con la misma ropa del día anterior y sin ducharse.

Se preguntaba si su huésped podría notar algo de su olor a sudor, o a sexo. En cambio, el aroma que desprendía esa mujer era delicioso, tras ella le llegaban notas afrutadas y de jazmín similares a una de las zonas junto al lago.

—Señora Cooper, ¿qué...?

—Señorita—interrumpió Julia sin darle tiempo a terminar la pregunta.

—Perdón, señorita Cooper, ¿qué le trae por esta zona? —preguntó Kate con curiosidad.

—Vengo a relajarme, a olvidarme del ajetreo de Boston.

—Entonces está en el lugar adecuado, incluso diría que en la cabaña adecuada—añadió Kate sin mirar hacia atrás—desde ella se puede seguir un sendero que le lleva directamente a un pequeño embarcadero en el lago, ahora se lo enseño, es sin duda uno de los mejores lugares de nuestras instalaciones. Es una pequeña caminata, pero merece la pena.

Kate no sabía por qué, pero esa cabaña parecía estar maldita. Desde que era capaz de recordar, muchos de los huéspedes que habían dado problemas se habían alojado en la cabaña número siete, al menos muchos más que en cualquier otra de las cabañas del hotel. Todavía recordaba hace unos veinte años, cuando ella tenía catorce, las fuertes discusiones de una pareja que había venido con una niña algo menor que ella. Se acordaba de que su padre estuvo varias veces a punto de llamar a la policía temiendo que aquellas discusiones terminasen en algo más serio.

—El embarcadero está al final de ese camino, es un remanso de paz, yo voy a veces cuando quiero estar sola y pensar—informó Kate señalando un sendero de tierra mal cuidado antes de abrir la puerta de la cabaña para la nueva huésped.

Julia miró brevemente el camino sin decir ni una palabra y entró en la cabaña.

—En el edificio principal tenemos el restaurante y un bar abierto la mayor parte del día. Tiene los horarios de las comidas sobre el minibar, su reserva es en pensión completa—indicó Kate con una sonrisa, y esta vez sí le pareció que la mirada de la nueva cliente no estaba perdida en alguna inspección sino en su boca.

Sacudió ligeramente la cabeza como para sacar de su mente ese pensamiento y se dispuso a volver a la recepción del hotel.

—Por cierto, si necesita cualquier cosa, mi nombre es Kate Griffin, puede llamarme Kate. El hotel pertenece a mi familia desde hace algo más de sesenta años, lo construyeron mis abuelos, así

que estoy muy familiarizada con la zona.

Al salir de la cabaña y tomar el camino de nuevo hacia la recepción, Kate sintió un presentimiento extraño, como si no fuese la primera vez que veía a esa mujer, como si un vínculo invisible las uniese de algún modo, y sonrió sacudiendo la cabeza y pensando que seguramente estaba algo melancólica con la marcha de Beth a Indiana.

La pequeña Julia

Julia siguió con la mirada a Kate durante un buen rato y mientras colocaba sus cosas en la cabaña no pudo evitar que le viniesen a la cabeza horribles recuerdos del pasado en ese mismo lugar.

Todo había empezado hacía poco más de veinte años, al menos ese fue el detonante, los problemas ya venían de antes. Julia recordó aquella reunión de sus padres en el colegio; sus notas, que siempre habían sido excelentes, estaban bajando de manera alarmante. La tutora preguntó si algo había cambiado, si podría haber alguna circunstancia que preocupase a la pequeña, pero sus padres decidieron mentir para preservar la dignidad e insistieron en que todo seguía igual en casa.

Puede que si le hubiesen contado a su tutora que no estudiaba porque se pasaba las tardes encerrada en el baño llorando mientras sus padres se gritaban las cosas hubiesen sido diferentes. O quizá no. Lo único que sabía era que la situación se había hecho insostenible, estaba pasando por un verdadero infierno y las peleas de sus padres, lejos de remitir, iban cada día a peor.

Julia no sabía de quién había sido la idea, pero en algún momento sus padres decidieron que sería positivo celebrar su duodécimo cumpleaños en un pequeño hotel en las montañas de Vermont. Quizá pensaron que por pasar una semana en un lugar diferente las cosas iban a mejorar entre ellos, posiblemente fue un último intento a la desesperada para tratar que su relación funcionase. Lo único que sabía con certeza es que esa semana en aquel hotel de Rabell Falls había sido lo más parecido a un infierno que era capaz de recordar.

En la misma cabaña número siete en la que se encontraba en esos momentos tuvieron lugar las peores riñas entre sus padres, hasta el punto en el que una tarde llegaron a las manos y aquello fue el detonante para una separación más que dramática.

Todavía sentía en su cabeza el miedo, la rabia y la impotencia de esos días, cómo lloraba desconsolada sin saber manejar sus emociones, cómo odiaba su vida con tan solo doce años.

No recordaba bien si fue el tercer o el cuarto día, pero a pesar de tener prohibido salir de la cabaña a partir de las ocho de la tarde, llegó un momento en el que no pudo más y comenzó a caminar sin rumbo, con la mirada perdida a través de un sendero que la condujo a un pequeño embarcadero junto al precioso lago que rodeaba el hotel.

Pensó en lo irónico de la situación; el entorno era inexplicablemente bonito, por algún motivo llegaba hasta su corazón y sin embargo, estaba pasando la peor semana de su vida.

Se detuvo a observar el horizonte y apenas se dio cuenta de que había otra chica sentada en el embarcadero a escasos metros de ella. Aquella chica se giró al escuchar los sollozos que se escapaban de su boca y clavó sus grandes ojos negros en los suyos.

—Ven, siéntate conmigo—le pidió con la mirada más dulce que había visto jamás.

Julia se sentó junto a ella sin decir nada, incapaz de detener las lágrimas, aunque por alguna extraña razón sentía una paz incomprensible en ese lago al lado de aquella chica.

—¿Sabes lo que más me gusta de este lago? —preguntó la chica.

Julia negó con la cabeza sin poder apartar la mirada de su pequeña boca con unos labios perfectos y unos bonitos hoyuelos que aparecían como por arte de magia cada vez que sonreía.

—Lo que más me gusta de este lago no es ese maravilloso color esmeralda, sino observar el amanecer y el atardecer desde este embarcadero. El atardecer y el amanecer nos recuerdan que

tenemos que ser valientes y luchar sin importarnos las dificultades, son un recordatorio de que, pase lo que pase, la vida traerá un nuevo día, una nueva oportunidad, y de que somos mucho más fuertes de lo que creemos ser—concluyó la chica muy seria.

Julia reflexionó sobre esas palabras durante unos minutos en los que ambas permanecieron sin decir nada, simplemente mirando al horizonte.

—Por cierto, mi nombre es Kate—dijo la chica del lago extendiendo su mano para saludarla.

—Yo soy Julia, puedes llamarme Jules, así es como me llaman mis amigos, estoy con mis padres en la cabaña número siete—respondió ella al tiempo que una energía extraña la recorría cuando sus manos se rozaron para corresponder el saludo.

—¡Eres la del cumpleaños! —exclamó Kate mientras se le iluminaban los ojos—ayer ayudé a preparar tu tarta.

—Hemos venido a celebrar mi duodécimo cumpleaños—contestó Julia bajando la mirada consciente de que por mucho que su cabaña estuviese algo apartada, los gritos y las continuas peleas de sus padres debían de conocerse en todo el hotel.

—Las dos somos cáncer, yo cumplo catorce la próxima semana. ¿Crees en los horóscopos?

Julia se encogió de hombros sin contestar dejándose arrullar por aquella chica de grandes ojos negros a la que acababa de conocer.

—Por cierto, tengo un regalo de cumpleaños para ti—exclamó la chica del lago risueña mientras se quitaba de la muñeca un pequeño brazalete con estrellas colgando y se lo entregaba— así recordarás para siempre este lugar.

Julia todavía recordaba el dolor de aquel tortazo en la cara que recibió de su madre nada más volver a la cabaña como recordatorio de que no podía marcharse sin avisar.

Esa noche lloró apretando el brazalete entre sus manos hasta quedarse dormida y soñó con aquella chica a la que acababa de conocer en el lago y con sus palabras; el amanecer y el atardecer nos recuerdan que tenemos que ser valientes y luchar sin importarnos las dificultades, son un recordatorio de que pase lo que pase, la vida traerá un nuevo día, una nueva oportunidad, y de que somos mucho más fuertes de lo que creemos ser.

—Mark, contéstame a una pregunta—gritó Julia a la pantalla de su ordenador portátil—¿quieres conservar tu trabajo?

A través de la cámara se podía observar la expresión de Mark Troy mutando desde la preocupación al terror absoluto. Sabía que en un momento de enfado, a su jefa no le temblaría el pulso si era necesario despedirle a él o a cualquier otra persona del equipo sin ni siquiera pestañear.

—Julia, sabes que estoy muy contento en esta empresa—respondió el *quant* tragando saliva.

—No te he preguntado lo que crees que yo sé, te he preguntado que si quieres conservar tu trabajo—insistió ella.

—Sí—contestó el matemático con un hilo de voz.

—Entonces, ¿por qué coño no están terminados los modelos financieros que te he pedido? Jacob los está esperando—gritó Julia.

—Ya casi los teníamos, pero Jacob solicitó unas nuevas proyecciones y tuvimos que rehacer varias de las fórmulas—respondió Mark Troy bajando la cabeza.

—¿Qué ha pasado chicos? ¡Habladme! —chilló Julia a los otros miembros del equipo sin importarle que se estuviesen reuniendo un viernes de verano casi a las nueve de la noche.

—No habrá problema, trabajaremos todo el fin de semana si hace falta y tendremos los modelos matemáticos y las proyecciones que ha solicitado Jacob para el lunes—contestó uno de ellos

respirando hondo mientras el resto se miraban unos a otros conscientes del fin de semana de trabajo que les estaba esperando.

—Bien, escuchadme todos; no hemos llegado hasta aquí incumpliendo plazos. Siempre cumplimos y Jacob nos ha apoyado desde el principio. El lunes a las nueve quiero otra video conferencia y más vale que esté todo terminado, o no hace falta ni que os presentéis en el trabajo porque ya no tendréis empleo—amenazó Julia con cara de póker provocando la mirada nerviosa de Mark Troy y su equipo.

Nada más cerrar la pantalla del ordenador, Julia se levantó para estirarse y se sorprendió a sí misma mirando por la ventana en dirección al lago. Pensó en Kate y no pudo evitar una sonrisa de melancolía. Incluso vestida de manera informal, con unos vaqueros viejos y una camiseta, era preciosa. Seguía teniendo esos labios perfectos, esos grandes ojos que solamente expresaban ternura y optimismo, y esos hoyuelos que se formaban a ambos lados de su pequeña boca al sonreír.

Ahora llevaba el pelo más largo, pero las pecas bajo sus ojos seguían allí, no habían desaparecido. Y volvió a recordar el embarcadero y cómo Kate la había abrazado cuando era una niña para que llorase en su hombro.

Era un buen recuerdo, uno de los mejores que tenía de su infancia, la única vez durante un montón de años que sintió que era importante para alguien, ya que a sus padres parecía importarles una mierda. Y dejó escapar unas lágrimas, apenas perceptibles, pero quizá las primeras que había dejado escapar en los últimos diez años.

“Es un bonito recuerdo” se dijo a sí misma mientras acariciaba un viejo brazalete barato del que colgaban unas estrellas, un brazalete que la había acompañado durante veinte años. Sin embargo, un bonito recuerdo no era suficiente para hacer que cambiase de planes, no esperaba volver a encontrarse a aquella chica, ahora hecha una preciosa mujer, aunque eso no la detendría en su último obstáculo para borrar de la memoria todo recuerdo de sus padres.

Ahora ya ni siquiera le importaba el precio, se haría con el pequeño hotel y lo derruiría hasta que no quedase piedra sobre piedra y de sus cenizas alzaría un moderno centro de convenciones. Era casi una representación de lo que había ocurrido con su vida, de las cenizas y el caos había surgido una mujer poderosa.

Julia cogió una manta y salió de la cabaña siguiendo un pequeño sendero deficientemente iluminado por las pocas luces que seguían funcionando. El sol estaba a punto de ponerse y el cielo se teñía de un rojo precioso con ese color tan característico de los atardeceres en Nueva Inglaterra.

Mientras caminaba se preguntó si Kate la habría reconocido, aunque estaba casi segura de que no era así. En cambio, para ella no había sido difícil darse cuenta de quién era, no solo mantenía algunas de las características físicas que más le gustaban, sino que seguía hablando mucho y teniendo esa necesidad de ayudar a los demás que no entendía, pero que tanto había agradecido hacía poco más de veinte años.

Al llegar al pequeño embarcadero junto al lago, Julia se sentó sintiendo el frío de la madera húmeda y se cubrió con la manta. El color del cielo era hermoso y casi podía escuchar junto a su oído las palabras de Kate cuando eran niñas diciéndole que no se preocupase, que sus padres harían las paces y todo se arreglaría.

La solitaria bombilla que iluminaba la zona aún estaba allí, alumbrando con su luz tenue el embarcadero y unos pocos metros de agua alrededor. Con las piernas colgando sobre el lago, Julia se concentró en los sonidos de los grillos y las ranas en la distancia mientras algunas luciérnagas revoloteaban curiosas a su alrededor. Una pequeña ráfaga de brisa fresca jugó con su melena y

dejó escapar lentamente una gran bocanada de aire dispuesta a disfrutar por primera vez en mucho tiempo de la calma.

Pensando en ella

Kate miró a su padre sin apenas poder creer lo que estaba escuchando. Su corazón le latía con fuerza dentro del pecho y tragaba bocanadas de aire intentando mantener la calma, aunque su cuerpo se negaba a colaborar.

Esperó en vano a que su padre añadiese algo más, mordiendo el interior del labio inferior hasta que sintió el sabor de su sangre, con un silencio incómodo creciendo en el despacho, un silencio que la estaba matando de la manera más dolorosa.

—Kate debes entenderlo—balbuceó su padre sin atreverse a terminar la frase.

—¿Entender qué? Joder, es que no sé ni qué contestarte—respondió ella nerviosa.

—No queda más remedio que hacerlo, Kate. No hay otra solución, debes creerme, lo he intentado todo—insistió el hombre.

—Siempre hay una salida, papá. No puedes vender el hotel, es toda mi vida, es lo único que conozco—replicó mirando fijamente a su padre mientras sentía que sus ojos se empezaban a llenar de lágrimas.

—Lo siento, Kate, yo...

—No me digas que lo sientes, joder. Se supone que es un negocio familiar y yo soy la única familia que tienes desde que murió mamá. Al menos podrías haberme consultado, podías haber pedido mi opinión—gritó Kate alterada.

—Estamos hasta el cuello de deudas, Kate. Desde que cerró la fábrica de componentes Rabell Falls ya no es lo que era y eso está afectando a todos los negocios de la comunidad, lo sabes bien. Cada vez llegan menos clientes, nos vamos manteniendo con los habituales, pero a base de perder dinero cada año. La gente prefiere ir a hoteles más modernos—respondió su padre bajando la mirada.

—Pues renovemos el hotel, sabes que tengo un montón de ideas para atraer a más clientes—rogó Kate.

—¿Con qué dinero?

—Podemos aumentar la línea de crédito con el banco—apuntó nerviosa.

—Kate, no me estás escuchando—contestó su padre con mirada triste mientras movía la cabeza de lado a lado—ese es precisamente el problema, el banco nos ha cortado la línea de crédito, no podremos aguantar más de un mes abiertos.

—¿Y la única solución es vender el hotel?—preguntó Kate secando con el reverso de la mano una lágrima que rodaba por su mejilla.

—Lo siento, hija.

—Joder, he trabajado aquí desde que tengo uso de razón, me he estado preparando para dirigirlo algún día, mi cabeza está llena de ideas, papá. Sé que puedo sacarlo adelante, solo necesito una oportunidad.

—Y dinero para invertir, y eso es precisamente lo que nos falta—añadió su padre apesadumbrado.

—Papá, por favor...

—No sabes el dolor que me causa haber llegado a este punto, Kate. El hotel lo fundaron tus

abuelos, lleva en nuestra familia más de sesenta años y me desgarró el corazón cada mañana al verlo languidecer sumido en las deudas, sin capacidad de modernización. Hija, me duele en el alma verte trabajar sin descanso, sin vacaciones ni fines de semana—se lamentó el señor Griffin tapándose la cara con las manos.

—Nunca me he quejado.

—Lo sé.

Con un gesto de dolor en su rostro, Kate negó con la cabeza mientras las lágrimas brotaban libremente de sus ojos. Sintió un pequeño pinchazo en el pecho al respirar y que le faltaba el aire mientras intentaba asimilar lo que su padre le estaba diciendo. Allí se acababan todos sus sueños, su vida entera se desmoronaba ante ella como un castillo de naipes.

Escondió la cara entre sus manos y lloró incapaz de poder contenerse, sin poder parar, jamás se había llegado a plantear que un día el hotel no perteneciese a su familia, nunca se había imaginado la posibilidad de que no fuese ella la siguiente persona encargada de mantener el negocio. Tenía tantas ideas en su cabeza.

—No puedes hacerme esto, papá—es todo lo que salió de su boca con un hilo de voz.

—Lo siento, Kate, de verdad que lo siento. Nunca pensé que llegaríamos a esta situación, ni siquiera sé muy bien cómo hemos llegado a ella, pero las pérdidas se fueron acumulando, y sin la línea de crédito del banco no podemos seguir. La única solución es encontrar un comprador.

—Déjame buscar una alternativa—rogó Kate entre sollozos.

—Kate, lo he intentado todo, de verdad, no sé qué más puedo añadir, yo...

Kate Griffin se levantó de la silla e inhalando una gran cantidad de aire abandonó la oficina. Su padre simplemente la dejó marchar, prefirió no seguir hablando, no sabía qué más añadir y ella lo agradeció.

No sabía muy bien lo que sentía; rabia, desolación, tristeza. Su vida se desmoronaba delante de ella sin poder hacer nada. Su padre estaba decidido a vender el hotel y ahora solamente faltaba encontrar a alguien que se hiciera cargo de él. Sin embargo, el hotel era toda su vida, lo único que había conocido, se había entregado a él en cuerpo y alma dejando escapar todo tipo de oportunidades, renunciando a todo.

Sin saber por qué, su mente se llenó de recuerdos de cuando era una niña, de cómo ayudaba a ocuparse de los huéspedes desde muy pequeña, de las largas conversaciones con su madre antes de que esta muriese, o de lo ilusionada que estaba con todas las ideas que tenía para que el hotel de su familia durase cien años más.

Ya estaba casi atardeciendo y atravesó las instalaciones del hotel como una exhalación, sin poder contener las lágrimas, ajena a las miradas de algunos de los huéspedes al cruzarse con ella. Necesitaba un sitio para llorar, un lugar donde gritar toda la frustración que sentía en esos momentos y conocía el sitio adecuado, ese que nunca le había fallado.

Aturdida por la rabia, se dirigió hacia el embarcadero del lago, poco más allá de la cabaña número siete. Era su lugar favorito para pensar, le gustaba sentarse allí a observar el atardecer cuando sus quehaceres en el hotel se lo permitían, algo que cada vez era menos frecuente.

Lo había hecho desde que era una niña, no sabía por qué sentía una atracción extraña por ese lago, y el pequeño embarcadero era el mejor sitio para sentarse a disfrutar de los preciosos atardeceres del verano.

Tras pasar la cabaña número siete, la más apartada del hotel, caminó por el sendero que llevaba hasta el lago dándose cuenta de que necesitaba alguna que otra mano de mantenimiento; la vegetación estaba ganando la partida en algunos tramos, haciendo difícil el acceso, y la iluminación era más bien escasa.

Otra cosa más que añadir a la lista de instalaciones que precisaban renovarse, una lista que crecía cada mes forzada por la falta de tiempo y de dinero, aunque ya no sabía si realmente merecía la pena llevar esa dichosa lista.

En el último giro del estrecho sendero, casi llegando al lago, Kate se detuvo de improviso. La figura de una mujer se encontraba sentada en el embarcadero envuelta en una manta, con los ojos fijos en el horizonte.

Tras acercarse un poco más, el pelo rubio perfectamente peinado delató a la misteriosa figura; no podía tratarse de otra persona que no fuese la huésped que había llegado esa misma mañana, Julia Cooper. Con el disgusto se había olvidado por completo de que estaba alojada en la cabaña número siete.

Por un momento, Kate pensó en dar la vuelta y marcharse de allí, aunque por algún motivo, esa mujer sentada en el embarcadero, con los pies colgando y envuelta en una manta mientras esperaba el atardecer emanaba una paz extraña.

No parecía la misma persona repleta de energía que había llegado al hotel esa misma mañana, llena de exigencias mientras les hacía un montón de preguntas como si se hubiese bebido una tonelada de café.

La observó durante unos instantes mientras el sol empezaba a esconderse y el cielo se enrojecía. La escena parecía sacada de una postal, y lo único que perturbaba el silencio era el ocasional sonido de los grillos o de algún pájaro entre los árboles. Eso y sus sollozos que se escapaban sin cesar.

Cuando Julia se giró hacia ella de improviso, toda esperanza de darse la vuelta y volver al hotel se desvaneció. Su corazón le dio un vuelco al ver a esa mujer levantarse, ajustando la manta alrededor de su cuerpo y caminando hacia ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Julia al verla llorar.

Kate dudó y no supo qué contestar, solamente lloró escondiendo su rostro en el cuello de Julia cuando esta se acercó más a ella y la envolvió con la manta. Por algún motivo que desconocía, se sintió mucho mejor al sentir el calor de su cuerpo, como si algún vínculo oculto las uniese.

Con cierta torpeza al principio, Kate sintió las manos de Julia recorrer su espalda mientras la abrazaba, secando poco a poco todas sus lágrimas.

—Lo siento, de verdad—susurró Kate avergonzada—no suelo llorar en los brazos de alguien a quien no conozco.

—Entonces me consideraré afortunada—replicó Julia con un nuevo abrazo—todo el mundo tiene derecho a tener un día duro, no pasa nada.

Kate permaneció en silencio, perdida en la mirada de aquella mujer hasta que no pudo contenerse y las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos.

—Escucha, mírame—dijo Julia levantando su barbilla entre los dedos—¿quieres que nos sentemos y hablemos de ello?

—Lo que quiero ahora mismo es gritar—contestó Kate mordiendo su labio inferior.

—Entonces grita, no hay problema. Estoy segura de que a los grillos y las ranas, o cualquier otro animal que haya por aquí cerca, no les importará demasiado, y a mí desde luego no me importa en absoluto—añadió Julia con una sonrisa.

Kate se quedó parada, mirándola sin saber muy bien qué decir, incapaz de ponerse a gritar delante de una huésped a la que acababa de conocer.

—Ven, no tengas miedo—insistió Julia cogiendo su mano y llevándola hasta el embarcadero.

Al llegar hasta el borde del embarcadero, Kate se sorprendió al ver a la elegante huésped gritar con toda la capacidad que permitían sus pulmones. Divertida, se colocó a su lado y gritó también

mientras Julia sonreía y asentía con la cabeza en un claro gesto de aprobación. Gritó y gritó hasta que su voz se quedó ronca y las lágrimas volvieron a sus ojos, pero sintió que parte de la rabia acumulada había abandonado su cuerpo.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Julia al verla más relajada.

Sin dar demasiados detalles, Kate confesó a la misteriosa huésped que su padre estaba pensando en vender el hotel y reconoció sentirse desolada no solo porque el negocio llevaba en su familia más de sesenta años, sino porque toda su vida había girado en torno a él.

Julia permaneció en silencio, simplemente escuchando y cogiéndola de la mano mientras Kate le relataba con desesperación lo que había pasado.

Sin embargo, mientras escuchaba, Julia sentía que algo empezaba a cambiar en su interior. Durante todos estos años se había convertido en una mujer fría y calculadora, había aprendido a enterrar cualquier tipo de sentimientos, a esconder sus emociones, y en cambio, aquí estaba dando ánimos a una extraña a la que apenas conocía, al igual que había hecho ella hacía algo más de veinte años.

Mientras los últimos rayos de sol desaparecían del cielo y el sol se escondía en el horizonte privándole de su color rojizo, Julia no pudo evitar dar un pequeño beso en la mejilla de Kate al tiempo que acariciaba su espalda.

—Hace un par de años, en un viaje de trabajo a Paraguay, me contaron una bonita leyenda de los indios Mocoetaes sobre el atardecer. Te la voy a contar—exclamó de repente.

Kate sonrió y se acercó más a ella mientras dejó que le colocara la manta sobre los hombros.

—La leyenda cuenta que hace muchos, muchos años, los atardeceres no eran rojizos y llenos de color como son ahora, sino que el sol se escondía sin más. Entre los indios Mocoetaes existía una joven muy bella llamada Picazú y un apuesto guerrero llamado Iztá, a ambos les gustaba mucho estar juntos y un buen día Iztá pidió matrimonio a Picazú. Cuando el guerrero fue a pedir la mano de Picazú a sus padres, estos decidieron ponerle a prueba para ver si era capaz de pescar y este, que era un gran nadador, se echó al agua y volvió con una gran cantidad de peces, lo que contentó al padre de la joven. Sin embargo, en la ceremonia de la boda, empezó a llover con una gran fuerza y el adivino de la tribu lo atribuyó a que el dios Tupá estaba llorando porque no quería que esa boda se llevase a cabo.

—No me digas que va a acabar mal, por favor, que bastantes disgustos llevo hoy—interrumpió Kate frunciendo el ceño.

—Que no, calla y déjame seguir—le aseguró Julia—. El adivino de la tribu les dijo que el dios se contentaría si se iban a vivir a un islote cruzando el río, y eso fue lo que hicieron. Sin embargo, algunos de los habitantes de la tribu, llenos de celos, empezaron a insultar a la pareja mientras nadaban hacia el islote. A los insultos le siguieron algunas flechas y su vida empezó a correr peligro por lo que el dios Tupá decidió intervenir y tiñó el cielo de rojo, de manera que el agua del río parecía sangre y las flechas cesaron. La pareja vivió feliz en el islote el resto de sus días y el dios Tupá al ver triunfar el amor por encima de todas las cosas, decidió mantener los atardeceres de un color rojizo.

Tras escuchar la historia, Kate recostó su cabeza en el hombro de Julia rodeando su cintura con el brazo.

—La vida tiene sus altibajos, Kate—suspiró Julia mientras acariciaba su espalda—pero igual que el amanecer marca un nuevo día, nunca sabes lo que te puedes encontrar por el camino.

Por fin es mío

Julia se sorprendió a sí misma por la facilidad con la que el señor Griffin había aceptado su oferta para vender el hotel. Sabía que se encontraba en una situación económica desesperada, agobiado por las deudas y sin línea de financiación con el banco, pero aun así le pareció demasiado fácil.

Fue como si se lo quisiese quitar del medio, como si el hotel representase una losa cuyo peso ya no podía soportar por más tiempo y necesitaba deshacerse de ella para ser capaz de continuar con su vida.

Por un momento pensó que debería darle pena de toda la situación, ese hotel llevaba siendo parte de la familia Griffin durante los últimos sesenta años, y ella lo había comprado a precio de ganga. Reflexionó sobre la idea de que una persona normal no se habría aprovechado de la desesperación de ese hombre para bajar el precio de compra, quizá una persona normal habría tenido algo de compasión por el señor Griffin al que se veía totalmente desolado.

Pero Julia no había conseguido levantar su empresa de inversiones siendo una persona normal. Desde que a los doce años comprendió que la principal preocupación de sus padres era evitar hacerse cargo de ella, había cerrado su corazón a las emociones y construido un muro infranqueable alrededor para que nadie pudiese llegar a él y hacerle daño.

En su última conversación, Jacob le había dicho que era quizá la persona menos empática que conocía, y que eso la llevaría muy lejos en su trabajo, pero corría el riesgo de crear un enorme vacío en su vida.

Con la mirada de nuevo perdida en el ventanal que daba al embarcadero, Julia recordó el viejo dicho de Wall Street; “si quieres un amigo, cómprate un perro” y se aseguró a sí misma, una vez más, que ella no necesitaba a nadie en su vida.

O quizá sí, porque hacía dos noches, en ese embarcadero al que ahora miraba, había sentido algo extraño mientras abrazaba a Kate Griffin intentando consolarla y que dejase de llorar. Sentir el calor de su cuerpo al tiempo que acariciaba su espalda por debajo de la manta despertó en ella un sentimiento que ni siquiera sabía que existía.

Apartando la mirada de la ventana, Julia sacudió la cabeza tratando de descartar esos pensamientos. Lo último que necesitaba en su vida eran distracciones inútiles, no sabía muy bien lo que había sentido hacía dos noches, pero estaba segura de que no era para ella, y mucho menos con la hija del dueño del hotel que ella acababa de comprar y que ahora iba a demoler.

Había pasado el fin de semana prácticamente encerrada en su cabaña con la excusa del trabajo, aunque en el fondo reconocía que lo que quería era no volver a encontrarse con Kate. Deseaba borrarla de su cabeza cuanto antes.

Cuando el domingo por la mañana se acercó hasta el despacho del señor Griffin para formalizar la compra con su abogado, rogó que ella no estuviese allí y, aunque no era una persona religiosa, dio gracias al cielo por no encontrarla ya que habría sido una situación muy incómoda.

Se tendría que haber marchado de Rabell Falls el domingo por la tarde, habría llegado a tiempo para las importantes reuniones que tenía hoy y podría haberlas hecho en persona y no por videoconferencia. Pero no lo había hecho, y ni ella misma sabía el motivo porque ya no había

ninguna razón para permanecer en ese lugar ni un minuto más.

Ahora solo quedaba contratar a un buen estudio de arquitectura que se encargase de derruirlo y de construir algo moderno en su lugar acabando así con el último recuerdo de sus padres, borrándolo para siempre de la memoria.

Y sin embargo, una y otra vez volvía a su cabeza la voz quebrada de Kate Griffin mientras le contaba que su padre había decidido vender el hotel, sin saber que estaba hablando con la persona que lo compraría, la confianza que había tenido en ella, de nuevo ese extraño sentimiento mientras acariciaba su espalda.

El familiar sonido de la llamada de Skype rompió sus pensamientos y la devolvió a la realidad. Era Mark Troy, puntual como un reloj suizo como siempre y Julia deseó con todas sus fuerzas que el trabajo que le había encargado estuviese terminado.

—Mark, buenos días—saludó mientras colocaba la cámara web de manera que la enfocase mejor.

—Buenos días, jefa.

—Si has llamado supongo que es porque habéis conseguido terminar los modelos matemáticos y las proyecciones que Jacob ha solicitado—aclará Julia seca, recordando que el viernes pasado le había dicho que si no terminaba no se molestase ni en llamar porque estaba despedido junto a todo su equipo.

—Sí, nos costó un poco más de lo que esperábamos, pero lo conseguimos terminar a tiempo—contestó el *quant* con orgullo.

—No necesito saber los detalles, Mark. Envíale las proyecciones con los resultados financieros a Jacob y me mandas otra copia a mi correo electrónico. Quiero ver con detalle la estimación de los flujos de caja para los próximos cinco años de ese proyecto—interrumpió Julia.

—Sin problema, en cuanto cerremos la videollamada me pongo con ello—respondió solícito el matemático.

—Otra cosa, he cerrado la compra del hotel por bastante menos dinero del que pedían al principio, luego te paso los detalles. Quiero acelerarlo todo lo que sea posible, necesito que hables esta misma mañana con los del estudio de arquitectura y que presenten el proyecto a poder ser esta semana, la próxima a más tardar aunque preferiría esta—puntualizó Julia haciendo planes en su cabeza para el futuro del hotel.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé, seguramente mañana mismo, no hay razón para permanecer en este sitio ni un minuto más—respondió ella haciendo una mueca de disgusto.

—Jefa, la reunión con los fondos buitre no es hasta el viernes, puedes quedarte un par de días más si quieres y aprovechar para relajarte, no recuerdo que te hayas tomado unas vacaciones desde que trabajo para ti—reconoció su empleado.

—No creo que lo haga, Mark. Un último asunto, busca alguna empresa que se dedique a actividades acuáticas, ya sabes; motos de agua, esquí acuático, ese tipo de cosas. Quiero ver qué posibilidades tenemos para explotar el lago que rodea al hotel—ordenó Julia antes de colgar.

Tras bajar la pantalla del ordenador portátil, se fue hasta el minibar y abrió una cerveza mientras volvía a su mente la frase de Mark sugiriendo que se quedase un par de días en Rabell Falls para relajarse.

Le pareció muy curioso el hecho de que pasar ese fin de semana casi sin hacer nada, lejos de relajarla la había estresado muchísimo más. No entendía lo que le pasaba, pero se encontraba más nerviosa de lo habitual y ni siquiera las pastillas que tomaba normalmente para poder dormir estaban haciendo su efecto.

Lo de tomarse vacaciones no estaba hecho para ella, concluyó. Sus pilas se cargaban trabajando y buscando nuevos proyectos.

Mientras bebía la cerveza sentada en el sofá, pensó que quizá debería hablar con Kate y contarle que era ella quien había comprado el hotel. Al fin y al cabo, en el fondo les estaba haciendo un gran favor librándoles de todas las deudas con el banco.

Su padre había tomado una buena decisión vendiendo ahora sin esperar más porque podrían acabar perdiéndolo todo, el muy idiota había puesto como garantía hipotecaria una pequeña casa que mantenían en el pueblo, la última propiedad que les quedaba.

Incluso la zona saldría ganando. El hotel ahora parecía muerto, casi no tenía huéspedes. Joder, hasta el dichoso lago parecía un desierto verde esmeralda en vez de un lago. No se veía a nadie, no había gente disfrutando de él, ni motos acuáticas, ni lanchas a motor, ni ruido, nada.

Con las reformas que ella haría lo cambiaría todo, se convertiría en un hotel moderno, un pequeño centro de convenciones que atraería a clientes con dinero, y el lago se llenaría de vida. Kate debería estar contenta, o eso pensaba Julia.

Con una sonrisa cínica, expulsó una gran cantidad de aire de golpe produciendo un pequeño bufido mientras se llevaba la mano a la frente.

¿Qué coño le pasaba? No debía ninguna explicación ni a Kate Griffin ni a nadie. Era su dinero y ahora era su hotel, ya no era un problema ni de Kate ni de nadie de la familia Griffin, ahora ese dichoso hotel era algo que dependía totalmente de ella y no necesitaba justificarlo ante nadie.

Casi tuvo que hacer un esfuerzo en recordar el verdadero motivo de comprar el maldito hotel, quería derruirlo para borrar por siempre los aciagos recuerdos que aún la perseguían en sus numerosas noches de insomnio.

Pensando en Kate

Una llamada a la puerta de la cabaña sacó a Julia de sus pensamientos. Distraída, la abrió sin ni siquiera preguntar quién era y su corazón pareció saltar un par de latidos al encontrar frente a ella a Kate Griffin.

Otra vez esa extraña sensación al verla, algo que ninguna otra persona había causado en los últimos años, un sentimiento que, dentro de su frialdad y falta de empatía, Julia Cooper no sabía muy bien cómo manejar y eso conseguía ponerla nerviosa.

—¡Kate! —se sorprendió a sí misma exclamando nada más abrir la puerta.

—Buenos días, ¿puedo pasar? —preguntó Kate señalando al montón de toallas limpias que traía en sus manos.

—Sí, claro, perdona.

Julia se hizo a un lado para permitir a Kate la entrada en la cabaña y esta se fue directamente al baño para dejar allí las toallas limpias y llevarse las usadas.

—No te he visto en todo el fin de semana—indicó Julia sin darse cuenta de que en el fondo ella misma apenas había salido de su cabaña en todo ese tiempo.

—No, he estado en el pueblo, en Rabell Falls. Tenemos una casa allí y necesitaba descansar un poco y sobre todo desconectar del hotel. Las jornadas de trabajo son muy largas en este sitio y llevaba mucho tiempo sin un descanso. Mi padre insistió mucho en que me quedase allí el fin de semana—se justificó Kate que parecía seguir cansada a juzgar por las ojeras bajo sus ojos.

—Y aprovechar el tiempo para reconectar con algún novio, supongo—bromeó Julia.

—No, en todo caso sería novia, no me van los hombres, pero qué va, ¡qué más quisiera! Cada vez hay menos gente de mi edad en este lugar, desde que cerró la fábrica apenas hay trabajo y casi todo el mundo se acaba marchando. No es el mejor sitio para ligar, eso ya te lo digo.

—Estoy segura de que no tienes demasiados problemas para hacerlo—replicó Julia dejando que las palabras saliesen de su boca sin pensarlas ante la cara de sorpresa de Kate, aunque nada más terminar la frase se arrepintió de haberla dicho.

A pesar de toda su inteligencia y frialdad, se sentía un poco perdida en cualquier situación que precisase un trato personal. Siempre pensaba que le gustaría ser como Jacob, su mentor, alguien capaz de moverse con la misma facilidad en una tensa reunión de negocios que en una reunión social.

A Julia le costaba mucho conectar con las personas por su falta de empatía y eso hacía que no se sintiese a gusto en ambientes que no fuesen estrictamente de negocios. Ni siquiera era capaz de fingir un mínimo interés por la vida de los demás, menos mal que no frecuentaba reuniones sociales ni solía salir demasiado, y ahora mucho menos desde que lo había dejado con su novia, o lo que fuera, hacía ya más de un año.

Sin embargo, con Kate le pasaba algo diferente; por algún motivo que no lograba entender, no quería que abandonase la cabaña. Quería, no, necesitaba, seguir con ella.

Sacudió la cabeza pensando que era una reacción totalmente irracional, lo mejor era marcharse de Rabell Falls mañana mismo y no volver nunca más. Contrataría a un gerente para llevar la dirección del hotel y se conformaría con recuperar su dinero y haber borrado sus recuerdos.

—¿Te apetece tomar una cerveza? Te invito—preguntó abriendo la puerta del minibar para sacar un par de cervezas frías.

De nuevo, las palabras habían brotado de su boca sin ni siquiera pensarlas, sin meditación alguna, y eso no era muy propio de ella. Su fuerte era la mente lógica y analítica, ponderar las ideas con calma, ver varios movimientos más allá que el resto de la gente, como si de un gran maestro de ajedrez se tratase.

—¿No te importa de verdad? Me encantaría—contestó Kate ante su sorpresa alargando la mano para aceptar una de las cervezas.

Se sentaron juntas en el sofá del pequeño salón de la cabaña con sus rodillas rozándose, provocando en Julia una sensación de calor extraña, aunque muy agradable.

—De verdad, desde que me enteré el viernes pasado de que mi padre estaba pensando en vender el hotel estoy con un bajón tremendo—confesó Kate desviando la mirada hacia la ventana.

Julia se quedó sin palabras, y eso era algo que no solía pasarle. Por un momento pensó en decirle que su padre ya había vendido el hotel, que habían formalizado todos los documentos ayer mismo y que la compradora era ella.

Meditó decirle que era lo mejor para la zona, el propio hotel no aguantaría mucho más aunque consiguieran recuperar la línea de financiación con el banco. Su nuevo proyecto traería vida y riqueza, nuevos clientes con mucho más poder adquisitivo.

Eso hubiese sido lo correcto, aunque sin saber muy bien por qué se quedó callada mirándola.

—Además, estoy cansadísima, cada vez tenemos menos personal porque no podemos hacer frente a tanto gasto y tengo que encargarme de un montón de cosas yo sola. El fin de semana apenas ayudó a que me relajase, porque no estoy durmiendo bien—admitió Kate—. Siento mucho estar preocupándote con estas cosas, se supone que estás aquí para descansar.

—¿Qué te parece si te invito a cenar en algún lugar del pueblo? Bueno si te apetece, claro—preguntó Julia ante la mirada atónita de Kate.

—Me apetecería mucho, pero solo si pagamos la cena a medias. ¿Has pensado en algún sitio en concreto?

—Yo no conozco Rabell Falls, tú eres la experta, que has nacido aquí. Me fío de tu decisión—contestó Julia con el corazón disparado.

—Tampoco te creas que tenemos mucho donde elegir, la mayor parte de los restaurantes han cerrado ya. Conozco un buen sitio, quizá para ti sea un poco cutre, pero creo que te gustará. ¿Te paso a recoger a las ocho?—preguntó Kate mientras daba un último trago a su cerveza.

Julia solo pudo asentir con la cabeza mientras observaba a Kate levantarse y salir de la cabaña alejándose en dirección al edificio principal.

El tiempo fue transcurriendo lentamente, mucho más lentamente de lo que Julia Cooper estaba acostumbrada. Era como si la tranquilidad de ese maldito hotel volviese perezoso al reloj y las horas se hiciesen interminables.

A las siete de la tarde, decidió darse una ducha. Ya se había duchado por la mañana, pero esperar sin tener nada que hacer la estaba volviendo loca. Ella estaba acostumbrada a otro ritmo de vida donde cada minuto del día estaba planificado, donde todo transcurría con prisas, y se sentía extraña en aquel lugar, como si fuese un pez al que han sacado del agua.

Abrió al máximo el grifo de la ducha y dejó que las gotas de agua resbalasen por su espalda ayudando a relajarla y extendió con sus manos el gel de lavanda por todo su cuerpo dejando escapar un ligero suspiro, casi inaudible, al recorrer sus pechos.

El suspiro se hizo más fuerte cuando sus manos enjabonaron su entrepierna y rozaron su sexo.

Cerrando los ojos, colocó el chorro de agua sobre él y pensó en Kate mientras una agradable sensación de calor inundaba su cuerpo. Elevó las caderas una y otra vez, abriendo las piernas mientras el chorro de agua se deslizaba entre sus labios rozando la entrada de su vagina, hasta que con un gemido apagado se dejó caer en la bañera completamente relajada.

Tras recuperar la respiración, Julia se sentó abrazando con los brazos sus rodillas e intentó por unos instantes negar lo que acababa de pasar. ¿En serio se acababa de masturbar pensando en Kate Griffin?

Llevaba meses sin hacerlo, su vida diaria tenía ya suficiente adrenalina como para pensar en el sexo, desde luego no era una de sus prioridades, en realidad nunca lo había sido. Sin embargo, tuvo que reconocer a duras penas que no solo se había masturbado pensando en ella, sino que había alcanzado un orgasmo delicioso.

Todavía confusa, secó las gotas de agua de su cuerpo y colocó sobre la cama las distintas opciones de ropa para esa cena, costándole decidirse mucho más de lo que hubiese sido lógico. Por algún motivo quería estar guapa, llamativa, pero al mismo tiempo no demasiado elegante. Kate vestía muy informal, siempre de camiseta y vaqueros con unos playeros o unas botas de montaña, no quería que pensase que era solamente una pija de ciudad.

Se decidió por unos vaqueros cómodos y se miró al espejo para comprobar que aún le hacían un buen culo. A falta de camisetas, vistió una blusa blanca que insinuaba su escote sin mostrar nada, esperando que fuese suficiente para atraer la mirada de Kate. Debajo llevaba un conjunto de encaje blanco que enseñaba sus nalgas y realzaba sus pechos, más por ella misma que por otro motivo, porque dudaba mucho de que alguien más llegase a verlo esa noche.

Libertad

El ruido de una motocicleta frente a su cabaña llamó la atención de Julia. Si el hotel entero era un remanso de paz y tranquilidad, su cabaña, alejada del resto de edificaciones, era aún más tranquila.

Sorprendida, abrió la puerta para encontrarse a Kate montada en una enorme moto negra, sonriendo mientras le ofrecía un casco.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Kate entre risas—¿Nunca has montado en moto?

—Alguna vez, pero reconozco que muy pocas—admitió Julia—lo cierto es que esperaba un coche, posiblemente algún tipo de todoterreno, no una moto.

El viaje hasta el pueblo duró aproximadamente veinte minutos escasos, aunque para Julia estuvieron repletos de nuevas sensaciones. Pegada al cuerpo de Kate, con los brazos rodeando su cintura, sintió la adrenalina recorrer su cuerpo con cada cambio de velocidad y cada curva.

El frío aire de la noche cortaba su cara en las rectas y todos sus sentidos parecían estar alerta; sobre todo le llamó la atención la gran cantidad de olores diferentes que pudo percibir durante el trayecto. Era algo totalmente nuevo para ella que la llenó de vida, en esa moto se sentía libre.

Kate paró la motocicleta frente a un pequeño restaurante que anunciaba comida casera en su escaparate y, de nuevo, al entrar Julia pudo percibir infinidad de olores nuevos mientras una mujer de unos sesenta años saludaba a Kate con un abrazo cariñoso y las llevaba hasta una de las mesas.

No pudo evitar esbozar una sonrisa ante el gesto avergonzado de Kate cuando la mujer colocó una vela encendida entre ellas haciendo parecer que aquello era una cita romántica, cosa que no era en absoluto, aunque no le importaría.

—¿Conoces algo de la gastronomía de Vermont? —preguntó Kate con curiosidad.

—Los helados Ben & Jerry's que son mis favoritos y el sirope de arce—contestó Julia medio en broma medio en serio, ya que era lo único que le sonaba del pequeño estado.

Su respuesta provocó una pequeña carcajada de Kate y en ese momento a Julia le pareció que tenía la sonrisa más auténtica y bonita que había visto nunca.

—¿Me dejas elegir? —preguntó Kate.

—Tú eres la experta en la zona, adelante.

—La especialidad de este restaurante es la carne de venado marinada con una receta especial que su familia ha utilizado durante generaciones. No te la puedo contar porque tendría que matarte —bromeó Kate—solo te diré que la carne se deja marinar durante más de veinticuatro horas en una mezcla de aceite de oliva, vino tinto, romero, bayas de enebro, ajo y perejil. El resultado final es para chuparse los dedos, ya lo verás.

El olor de la carne llenó su mesa en cuanto colocaron una gran fuente entre ellas. Sin embargo, si el olor era maravilloso, el sabor le pareció sencillamente espectacular. La carne prácticamente se derretía en la boca, algo que le pareció extraño al ser venado y la mezcla de condimentos utilizados en el marinado le daba un toque único colmando sus papilas de infinidad de sabores que no conseguía identificar.

Mientras disfrutaba de la succulenta comida, la mente de Julia no cesaba de pensar en las distintas posibilidades económicas de montar un buen restaurante de comida casera en su futuro

hotel que pudiese servir platos como el que estaba degustando.

—Estás muy callada esta noche—intervino Kate mientras se servía otro trozo de venado.

—Es que estoy disfrutando de la comida, de verdad, es una auténtica maravilla, has acertado de lleno—admitió Julia.

—Seguro que tú has estado en un montón de restaurantes caros y yo te estoy trayendo a un restaurante de pueblo esperando impresionarte.

—Y lo estás haciendo, me estás impresionando. He viajado a muchos países del mundo por mi trabajo y te puedo decir que esta receta es fabulosa—exclamó Julia provocando una sonrisa de orgullo en Kate.

Permanecieron en silencio unos minutos más, hasta que Julia tomó de nuevo la palabra con su mente analítica otra vez funcionando sin que pudiese hacer nada para acallarla.

—Dime una cosa, somos las únicas personas cenando en el restaurante, ¿aquí se suele cenar más tarde? —preguntó sorprendida.

—No, por desgracia seguramente seremos las únicas personas que vengan en toda la noche. Hace años había una gran fábrica de componentes de automóvil en la zona y el pueblo era mucho más rico, estaba lleno de vida. Desde que cerró esa fábrica, muchas personas perdieron su empleo y han tenido que irse a trabajar a otros lugares. En el pueblo ahora se sobrevive como se puede y apenas queda gente joven.

—Eso afecta también al hotel, ¿no? —indagó Julia sin poder resistirse.

—Sí, también, afecta mucho. Antes recibíamos muchos visitantes, ahora tenemos prácticamente a los mismos huéspedes que repiten año tras año, por eso fue una sorpresa que hayas venido—contestó Kate con mirada melancólica—. ¿Qué piensas del hotel? ¿Puedes sentir la magia de su entorno?

Julia sonrió mientras clavaba su mirada en los ojos de Kate, desprendían tal intensidad que no tuvo más remedio que sucumbir ante ellos y hablar con el corazón.

—Lo cierto es que el hotelito no está nada mal como un lugar para hacer convenciones pequeñas o retiros de los equipos directivos de las empresas. Le hace mucha falta modernizarlo y hacer publicidad en ese tipo de mercado, cosa que creo que no estáis haciendo. En cualquier caso, habría que instalar mucho más ancho de banda de internet y preparar una buena sala de videoconferencias, a mí se me cortan las videollamadas varias veces cada vez que las hago—expuso Julia encogiéndose de hombros.

—Se nota que eres una mujer de negocios—intervino Kate—pero además de mejorar la tecnología, ¿qué harías para que los huéspedes se sintiesen más a gusto?

—Algo que había pensado mientras a veces observo el lago desde la cabaña es darle más vida. Es un lago precioso con ese color verde esmeralda tan característico que nunca había visto, pero le falta vida, es demasiado tranquilo. Pondría motos de agua y algún otro deporte acuático para que la gente se divierta en los ratos libres.

—¡Estás loca! —exclamó Kate soltando una carcajada mientras se llevaba las manos a la cabeza pensando que era una broma—el ruido acabaría con todo el ecosistema del lago.

Mientras Kate le explicaba el delicado equilibrio de la flora y fauna que rodeaba el lago y el motivo por el que el agua había adquirido su característico color verde esmeralda, Julia no pudo evitar maravillarse de la pasión y entusiasmo que desprendía con cada explicación.

Sus ojos brillaban y de nuevo una maravillosa sonrisa se dibujaba en su boca, una sonrisa tan auténtica que la hizo dudar sobre la idoneidad de los deportes acuáticos, casi descartando la idea por completo.

—Tú llevas toda la vida en el hotel, desde que eras pequeña, ¿tienes alguna idea interesante

que te gustaría ejecutar? —indagó Julia.

—Tengo muchas, pero no hay dinero para llevarlas a cabo—confesó Kate bajando la mirada con tristeza.

—Imagina que el dinero no fuese un problema, vamos a suponer que puedes disponer de fondos suficientes como para hacer las inversiones que necesites, ¿qué harías? —insistió Julia.

Nada más escuchar la pregunta, Kate se lanzó como si la hubiese estado esperando toda su vida. Parecía tenerlo todo planeado, incluso para muchas de las ideas había cuantificado la inversión con todo detalle. Kate habló y habló durante un buen rato con su mirada encendida por la pasión, mientras Julia tomaba nota mental de cada una de sus propuestas.

Julia comprendió entonces que para ella el hotel era solo algo que quería destruir y convertirlo en un negocio que no perdiese dinero. Sin embargo, para Kate era toda su vida, y ese tipo de inspiración no tenía precio. Entre ambas fueron dando forma a muchas de las ideas, matizándolas, mejorándolas, haciéndolas viables hasta que el tiempo fue transcurriendo sin apenas darse cuenta y los dueños del restaurante les indicaron amablemente que querían cerrar.

Mientras salían por la puerta en dirección a la moto para volver al hotel, Kate se quedó sin palabras al sentir la mano de Julia acariciar su espalda, provocando un escalofrío en todo su cuerpo. Esa cena había sido mágica, a pesar de conocer los problemas económicos del hotel, junto a Julia se había sentido como si se conociesen de toda la vida, se había sentido relajada, inspirada, feliz.

En el lago

La vuelta en moto hasta el pequeño hotel fue para Julia tan maravillosa como la ida, se sentía libre y feliz abrazada a la cintura de Kate, tanto que no le hubiese importado que en vez de veinte minutos el viaje hubiese durado cinco horas.

Cuando Kate aparcó su motocicleta delante de la cabaña número siete, Julia sintió de repente una sensación extraña, un deseo desconocido de no querer separarse de alguien, un sentimiento nuevo para ella.

—Me gustaría hablar un poco más contigo, ¿tienes tiempo? Está siendo una noche maravillosa —reconoció sorprendiéndose a sí misma.

Kate propuso continuar su conversación en el pequeño embarcadero junto al lago y Julia no pudo estar más de acuerdo, no se le ocurría ningún sitio mejor.

Sentadas sobre la madera del embarcadero, con las piernas colgando sobre el agua, el silencio de la noche colmó de recuerdos la mente de Julia. Unos recuerdos que creía tener guardados bajo siete llaves.

Recordó las estrellas y la tremenda soledad que sentía por aquel entonces. Recordó las peleas y los gritos de sus padres, los mismos que la empujaban a esconderse en el baño o la llevaron a ese mismo embarcadero hacía algo más de veinte años. Por último, recordó aquel deseo tonto de querer ser una sirena para vivir por siempre en aquellas aguas.

Ese embarcadero la transformó de nuevo en una niña y por primera vez en muchísimos años, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó Kate confusa ante la reacción de Julia y con un repentino sentimiento de nostalgia que no era capaz de explicar.

Julia observó a la mujer que se sentaba a su lado sonriendo y su mente viajó de nuevo al pasado, a aquella niña que retiraba con delicadeza las lágrimas de su mejilla con el reverso de su mano.

Sus ojos se perdieron en la oscuridad de la noche y recordó la razón por la que estaba allí, no sentía remordimiento, pero su corazón intentaba abrirse, quizá por primera vez desde que era una niña y eso la confundía.

—¿Sabes? Hace muchos años, sentadas justo en este lugar, una niña me dijo que la calma de este lago te hace querer ser una sirena para vivir siempre en él—recordó Kate haciendo que el corazón de Julia quisiera salirse del pecho—aquello me dejó una gran impresión, como si la paz de este lago fuese una puerta mágica a la felicidad.

—Y yo que quería poner motos de agua... —bromeó Julia.

—Si alguien pone motos de agua en este lago, juro que le mato—rio Kate provocando una sonrisa en su amiga.

—A esa niña que quería convertirse en una sirena, le diría que el agua puede estar llena de tiburones y peligros—susurró Julia.

—La vida también está llena de tiburones y peligros, de gente que quiere quedarse con tus sueños solo porque tiene dinero—añadió Kate con tristeza en el rostro.

Las dos se quedaron calladas durante unos instantes y Julia reflexionó sobre las palabras que

Kate acababa de pronunciar. Ella había cambiado muchísimo; el divorcio de sus padres, la falta de cariño y las continuas idas y venidas de una casa a otra la habían hecho madurar demasiado rápido y sobre todo, endurecerse.

Sin embargo, para Kate el lago era otro día más en el paraíso, había vivido en un lugar idílico rodeada de cariño y, hasta hace relativamente poco tiempo, sin ni siquiera sentir los problemas económicos que vivía el hotel.

—Creo que tienes razón—expuso Julia rompiendo el silencio—la paz de este lago puede ser una puerta mágica hacia la felicidad.

Sorprendida, la mirada de Kate se clavó en los ojos verdes de Julia, la energía que desprendía esa mujer la atraía como si fuese un imán sin entender por qué. Lo único que sabía es que no le importaba ser atraída por ella, o dejar que su voz calmada la arrullase como si fuese una canción de cuna y la transportase a algún lugar maravilloso.

Poco a poco, sus cuerpos fueron borrando la distancia que las separaba y, sin romper el contacto con sus ojos, Kate dejó reposar su frente sobre la de Julia que acariciaba su mejilla con el reverso de la mano.

Su nariz rozó levemente la piel de Julia y sus labios parecieron adquirir vida propia, el corazón latía con fuerza a medida que se acercaba más, respiró hondo y cuando tocó su boca saltaron chispas entre ellas.

—Perdón—exclamó Kate confusa separándose de repente tras darse cuenta de lo que acababa de ocurrir.

—¿Perdón? Ha sido una maravilla de beso—añadió Julia—no hay nada que perdonar, te lo debo agradecer en todo caso.

—No sé lo que me ha pasado, de verdad. Prácticamente nos acabamos de conocer y eres una cliente del hotel, lo siento, yo...

—No seas tonta, venga, cuéntame más sobre tus ideas que nos interrumpieron en el restaurante—interrumpió Julia antes de que Kate decidiese irse.

—Eso da igual, porque mi padre me ha dicho que venderemos el hotel. Algunas de esas ideas ya las discutía con mi madre hace un montón de años, llevan mucho tiempo madurándose por falta de dinero, pero nunca se llevarán a cabo, prefiero no hablar de eso—respondió Kate bajando la mirada con tristeza.

—¿Sabes? Llevo un montón de tiempo preguntándome si realmente no sabes quién soy—susurró de pronto Julia mientras retiraba un mechón de pelo de la frente de Kate y lo colocaba tras su oreja.

—¿Nos hemos conocido antes?

—De hecho sí, mucha gente dice que soy difícil de olvidar, me siento dolida—bromeó Julia cambiando de opinión sin saber por qué y decidiendo llevar la conversación a su infancia en vez de hacia la compra del hotel, evitando reconocer que ella era la nueva dueña.

Kate la miró con detenimiento tratando de encontrar algún parecido con alguien que hubiese conocido o alguna marca que la delatase.

—Estoy en blanco—admitió recorriendo el contorno de sus labios con el dedo índice.

—Te daré una pista, nos conocimos hace algo más de veinte años en este mismo lugar.

—No puede ser, aunque hace veinte años éramos dos crías y sería difícil de recordar—confiesa Kate acariciando la mejilla de Julia con el reverso de su mano.

—Te doy otra pista—añadió Julia enseñándole una pulsera con estrellas colgando que sacó del bolsillo del pantalón—y otra más, quería ser una sirena.

—¡Nooo! No puedes ser tú, eres aquella cría que lloraba aquí en el embarcadero—exclamó

Kate abriendo los ojos como platos.

—Exacto—asintió Julia con una sonrisa.

—Madre mía, has cambiado muchísimo, no me lo puedo creer. ¿Dónde está aquella niña indefensa?

—Se ha convertido en una mujer, han pasado más de veinte años al fin y al cabo—bromeó Julia.

—¿Qué tal tus padres, arreglaron sus problemas? —preguntó Kate recordando las continuas riñas de aquellos días.

—Se divorciaron nada más terminar las vacaciones en el hotel, fue una situación bastante traumática—reconoció Julia.

—Lo siento mucho—admitió con sinceridad Kate besando su frente.

—Fue hace mucho, está superado, pero prefiero no hablar de ello—interrumpió Julia cogiendo la mano de Kate entre las suyas y besándola.

—¿Cómo te llamaban por entonces? No era Julia, no me suena que fuese Julia—se extrañó Kate.

—Jules, mis amigos me llamaban Jules.

Quizá sea el destino

Al entrar en la cabaña número siete, el sonido de la puerta rompió el silencio de la noche mientras Kate acariciaba con su pulgar la mano de Julia con la mirada perdida en sus ojos.

—¿Empiezas ya a sentir la magia de este lugar? —preguntó apretando su mano.

—Creo que sí, ha sido una noche mágica, maravillosa—reconoció Julia con una sonrisa.

—Quizá ha sido el destino el que te ha hecho venir unos días a Rabel Falls para conocer su magia y olvidarte del ajetreo de la ciudad.

—O quizá el destino ha querido que viniese para conocerte a ti—replicó Julia acercándose peligrosamente a su cuerpo hasta que sus pechos se tocaron—puede que el universo esté moviendo algún hilo invisible para que encuentre a una mujer que sea capaz de cambiar mi vida.

Al escuchar esas palabras, Kate experimentó un hormigueo en el vientre junto con un repentino calor que se extendió por todo su cuerpo y tuvo que aclarar la garganta antes de intentar hablar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Julia antes de que fuese capaz de emitir la primera palabra colocando su cálida mano en la cintura de Kate.

—Sí, perfecto.

—Te traeré un vaso de agua—añadió encaminándose a la pequeña cocina de la cabaña.

Lo cierto es que Kate se encontraba mucho mejor de lo que había estado en cualquiera de los últimos días, seguramente por el sentimiento de excitación que le había producido el comentario de Julia.

Kate la siguió hasta la cocina, observando el movimiento de sus caderas al caminar mientras un fuego en su interior la iba consumiendo y cuando Julia sonrió al entregarle el vaso de agua, sintió un deseo irrefrenable de volver a besar sus labios.

Ni siquiera se molestó en beber del vaso de agua que Julia le ofrecía, dejándolo sobre la mesa, caminó hacia ella borrando de un plumazo la distancia que las separaba hasta que sus cuerpos estuvieron pegados y sintió el calor de los pechos de Julia sobre los suyos.

Esta dio un pequeño paso hacia atrás, pero pronto se encontró con la espalda pegada a la encimera de la cocina. Kate colocó las palmas de sus manos sobre los hombros de Julia y dejó reposar su frente en la de ella, la respiración de ambas haciéndose cada vez más intensa a medida que su boca se encontraba a milímetros de distancia.

Al sentir el roce de sus labios, un escalofrío recorrió todo su cuerpo y los acarició con los suyos muy despacio, casi como si se besasen a cámara lenta, antes de recorrerlos con la punta de su lengua. Los suaves gemidos de Julia apagados sobre su boca le confirmaron que estaba tan excitada como ella.

Con las manos ahora a ambos lados de su cara, el beso se fue haciendo más pasional. Llevaba toda la cena fantaseando con un buen beso en la cabaña de Julia sin saber si llegaría a ocurrir o no, pero estaba sobrepasando con creces su imaginación, era como si sus labios hubiesen sido creados para encontrarse.

Kate agarró con fuerza la cola de caballo de Julia al tiempo que recorría su cuello llenándolo de besos, dejando un pequeño rastro de saliva desde su clavícula hasta el lóbulo de la oreja mientras los gemidos de Julia se hacían cada vez más evidentes, como si hubiese estado

esperando esos besos durante años.

Separó con su rodilla las piernas de Julia, frotando el muslo en su sexo al tiempo que una de sus manos se aventuró a acariciar el pecho izquierdo endureciendo su pezón entre los dedos y arrancando nuevos gemidos de su boca.

La excitación de Kate iba en aumento con un solo pensamiento en su mente, desnudar a aquella mujer y hacerle el amor toda la noche. Deseaba sentir su cuerpo desnudo, acariciar su cálida piel, morder sus pezones, bucear entre sus piernas hasta hacer que tuviese el mejor orgasmo de su vida.

Cuando sintió las manos de Julia tirar de su camiseta hacia arriba para sacarla del pantalón, alzó los brazos facilitándole la labor y se desprendió ella misma del sujetador dejando sus senos al descubierto.

Al verlos, los ojos de Julia parecieron encenderse en y sus labios se vieron atraídos por los duros pezones como si fuesen un imán.

A partir de ese momento, manos y bocas recorrieron sus cuerpos sin control, dejando a los pies prendas de ropa hasta quedar ambas completamente desnudas. Sin apenas ser capaz de separar los labios, Julia cogió a Kate por la muñeca y la llevó hasta la cama, no sin antes hacer varias paradas para llenarse de besos o acariciar su cuerpo.

Ya sobre la cama, Kate se colocó sobre el cuerpo desnudo de Julia cubriéndolo con el suyo, sintiendo la cálida y suave piel, percibiendo el olor afrutado de su perfume y escuchando sus gemidos mientras su mano se colaba entre sus piernas.

Sintió los dedos resbalar entre su sexo húmedo y caliente con su cadera elevándose de placer, la boca entreabierta buscando aire y esos suaves gemidos que la estaban volviendo loca de deseo.

Sin pensárselo, introdujo dos de sus dedos en el interior de Julia que estalló en un pequeño grito de placer al sentirlos entrar. Entre gemidos acompasados, exploró su vagina haciendo suaves círculos, presionando cada rincón, disfrutando de la delicada piel mientras gotas de deseo resbalaban entre sus piernas.

Aprovechó su mano libre para acariciar su hinchado clítoris sin dejar de penetrarla con los dedos. Lo frotó, lo presionó, hizo círculos sobre él hasta hacerla gritar. Los gemidos de ambas confundándose con el sonido de sus dedos al entrar y salir de su sexo rompían el silencio de la noche.

La excitación de Julia iba en aumento, sus piernas temblaban y su vientre se contraía mientras sentía un fuerte orgasmo formándose en su interior.

El momento en que sintió el dedo meñique de Kate colarse entre sus nalgas mientras seguía penetrándola y acariciando su clítoris, fue mucho más de lo que podía soportar. Las terminaciones nerviosas que Kate estimulaba al mismo tiempo le estaban proporcionando un placer que jamás había sentido con anterioridad y, con un fuerte grito, se dejó caer sobre la cama en una explosión de placer que parecía no tener fin.

Su vagina se contrajo durante unos instantes con pequeños espasmos involuntarios de placer presionando los dedos de Kate que aún seguían en su interior, mientras que su otra mano había abandonado el clítoris para acariciar su pubis intentando calmarla al tiempo que recuperaba poco a poco la respiración.

—Joder, increíble—fue todo lo que Julia fue capaz de decir entre jadeos.

—¿Te ha gustado? —preguntó Kate sacando sus dedos del interior de Julia y provocando un nuevo grito de placer.

—Lo necesitaba—admitió Julia cerrando los ojos y expulsando lentamente una gran cantidad de aire.

Kate acercó a su rostro los dedos e inspiró profundamente como queriendo extraer la esencia de

la excitación de Julia antes de acercarlos a la boca de esta y acariciar sus labios. Con los ojos cerrados, Julia besó los dedos de Kate y saboreó en ellos su excitación arrancando nuevos suspiros de placer de su boca.

Sin esconder su deseo, Kate se volvió a colocar sobre el cuerpo de Julia, devorando su boca y su cuello mientras frotaba el sexo con cualquier parte de su piel que pudiese darle placer hasta que se incorporó y, colocando una pierna a cada lado de su cara, fue bajando el cuerpo hasta situar la vulva a la altura de su boca.

Los ojos de Julia se encendieron con pasión al tiempo que separaba con sus dedos pulgares los labios de Kate para que la lengua pudiese deslizarse mejor por la entrada de su vagina.

La recorrió lentamente desde el perineo hasta el clítoris, excitada al sentir el sabor del placer gotear sobre su boca, mientras la espalda de Kate se arqueaba sin que sus labios pudiesen reprimir los gemidos.

Al sentir la lengua de Julia, Kate cabalgó sobre su boca enraizando sus manos en la melena rubia y frotando su sexo con fuerza y sin control contra la lengua, los labios, la barbilla o cualquier parte de su cara que pudiese darle placer, dejando un reguero de humedad en el rostro de Julia mientras ella clavaba las uñas en sus nalgas para acercarla aún más.

Los gemidos de Kate se hicieron incontrolables cuando la lengua de Julia comenzó a hacer auténtica magia sobre su clítoris; lo presionaba, hacía círculos sobre él, lo lamía, lo mordía con los labios arrancando una sinfonía de gemidos y jadeos hasta que echando la cabeza hacia atrás y con los ojos cerrados, se abandonó a una explosión de placer como muy pocas veces había tenido.

Sin poder detenerla, entre pequeños espasmos, dejó que Julia lamiese su sexo un poco más, los suaves gemidos apagados sobre su vagina, hasta que el placer se hizo demasiado intenso y no pudo aguantar más el contacto con su lengua y tuvo que suplicar que parase.

Tumbada sobre la cama, observó cómo su pecho se hinchaba con cada respiración mientras recuperaba el aliento y Julia la cubría de besos y caricias antes de tajarla con la sábana y quedarse dormida a su lado.

Ya no es nuestro hotel

Julia representaba todo lo que Kate odiaba, un mundo más allá de Rabell Falls en el que el tiempo se movía a un ritmo muy diferente, un mundo que, con sus cambios y competitividad, amenazaba con llevarse por delante todo lo que ella amaba.

En cambio, algo en Julia la atraía como jamás había hecho ninguna otra mujer. No era solo el maravilloso sexo que habían tenido la noche anterior, eso lo tenía muy claro. Julia era una mujer capaz de robar tu atención y no devolverla hasta que ella quisiese.

Estaba intrigada por la fuerza y energía que desprendía, quería saber más sobre su adolescencia después de que sus padres se separasen, conocer las circunstancias que habían conseguido que esa mujer fuese tan intimidante y al mismo tiempo capaz de mostrarle su lado más tierno. Ese tipo de mujer era nuevo para ella, y su sola presencia empezaba a intoxicarla como una droga.

De madrugada, Kate salió de la cabaña número siete sin hacer ruido para no despertar a Julia que dormía plácidamente con el torso desnudo, dando una imagen de erotismo sereno que pedía a gritos quedarse con ella un poco más.

Sin embargo, eran ya las seis y media y debía asearse y desayunar algo antes de empezar a trabajar; había demasiadas cosas que hacer y varias cabañas ocupadas con otros huéspedes.

De vuelta a la cabaña principal del hotel, donde vivía con su padre y hacía las veces de despacho, Kate se agachó para acariciar a su golden retriever que la recibió con efusivos gestos de cariño moviendo la cola y se dejó perder durante unos instantes entre lametones y zarpazos cariñosos hasta que escuchó a su padre toser fuertemente en su despacho.

—Papá, ¿estás bien? —exclamó preocupada mientras corría hacia donde estaba su padre seguida del perro.

—Sí, no pasa nada, no has venido a dormir anoche, ¿no? —preguntó su padre aclarándose la garganta.

—No, he pasado la noche con una amiga—reconoció ella poniéndose roja.

No sabía muy bien por qué, pero a pesar de sus casi treinta y cinco años, todavía le costaba reconocer esas cosas delante de su padre.

—¿Una nueva amiga? Por tu sonrisa diría que tiene muchas posibilidades de seguir adelante.

—No creo, papá—admitió ella bajando la mirada—supongo que se marchará como han hecho todas las demás. ¿Seguro que estás bien? Esta vez te he oído toser muy fuerte.

—Sí, algo me habrá sentado mal de la cena—se disculpó el señor Griffin.

Kate sabía perfectamente que su padre estaba mintiendo, llevaba ya una temporada con muchas preocupaciones, sin dormir bien y con la tensión muy alta, y eso estaba pasando factura a su salud. Sin mediar palabra, se acercó lentamente hasta el armario de la cocina y sacó un par de pastillas que entregó a su padre junto con un vaso de agua fresca.

—Ayer fue la cena, la semana pasada el polen, y mañana me dirás que tienes una alergia repentina a los perros—bromeó preocupada haciendo un gesto con la cabeza para que se tomase las pastillas—. Los dos sabemos lo que es, el médico te ha dicho que tienes la tensión muy alta y que es algo que debes empezar a tomarte más en serio, papá, no es ninguna broma.

—Lo tengo todo controlado—mintió su padre.

—¿Por qué no te tomas unos días de descanso, papá? Yo me encargaré de llevar el hotel, todavía no tenemos demasiados huéspedes, puedo con ello—rogó Kate.

Su padre solamente sonrió y asintió con la cabeza sin decir nada mientras trataba torpemente de tapar unos papeles sobre su mesa.

—¿Qué es lo que pasa, papá? ¿Problemas con los bancos? —preguntó preocupada acercándose a su padre.

Sin embargo, antes de que pudiese acercarse más, él se levantó sonriendo y colocó sus manos en los hombros de Kate antes de besar su frente.

—Cada día te pareces más a tu madre—reconoció con los ojos empañados de lágrimas.

Al escuchar esa frase, a Kate se le encogió el corazón porque era la típica frase que su padre decía cada vez que se acercaba alguna conversación especialmente difícil. Su madre había muerto hacía algo más de catorce años, cuando ella estaba a punto de cumplir los veinte y su memoria seguía firme en la mente de ambos.

En cualquier caso, Kate sabía perfectamente que mencionarla era la forma que su padre tenía de reunir fuerzas ante una situación difícil, esperando de algún modo encontrar en esas palabras la paciencia y determinación que encontraba en su difunta esposa.

—Papá, siempre utilizas esa frase cuando hay problemas—reconoció Kate con una sonrisa condescendiente.

—Quizá porque tu madre siempre parecía ser capaz de solucionarlo todo—contestó él clavándole la mirada y sonriendo.

—¿Qué es lo que pasa, papá?

Durante unos instantes que parecieron una eternidad, el hombre alternó su mirada entre Kate y las fotos de su madre que colgaban de la pared antes de empezar a hablar.

—He cometido muchos errores—reconoció apesadumbrado—las circunstancias han sido complicadas desde que cerró la fábrica y empezaron a venir menos personas al pueblo, pero aun así me gustaría haberlo hecho mejor.

—No tienes por qué ser como mamá, y nadie puede resolver todos los problemas—respondió Kate apretando la mano de su padre entre las suyas y sonriendo.

—Tendría que haberlo hecho mejor—admitió derrumbándose con lágrimas en los ojos, incapaz de reconocer ante su hija que había vendido el hotel.

Julia se despertó cuando los primeros rayos de sol empezaron a colarse por la ventana. Había dormido como un bebé, algo que no le ocurría demasiado a menudo. Desde que había llegado a este pequeño hotel de Rabell Falls, al principio no había dormido demasiado bien, aunque en las dos últimas noches ni siquiera había necesitado pastillas para conciliar el sueño.

Todavía en la cama, sonrió pensando en Kate, tratando de extraer su olor de la almohada. Su parte de la cama estaba fría, lo que indicaba que se habría ido hacía un buen rato.

Se asomó a la ventana aún desnuda, con los ojos clavados en el pequeño embarcadero del lago, sin pensar ni siquiera si podría pasar alguien por allí y verla sin ropa con la mirada perdida en el horizonte, y reflexionó sobre la extraña situación en la que se encontraba.

Había venido para comprar el hotel y derruirlo. Con él desaparecerían los últimos recuerdos de aquellas horribles vacaciones en las que todo pareció torcerse de manera irremediable. Sin embargo, por algún tipo de broma macabra del destino, se acabó encontrando con la misma persona que hace algo más de veinte años había evitado que se volviese loca, solo que ahora se había convertido en una mujer que la atraía como nunca nadie lo había hecho.

Reflexionó sobre las ideas que Kate le había comentado la noche anterior durante la cena.

Algunas de ellas eran muy buenas, otras necesitaban un mayor desarrollo o directamente no tenían una utilidad práctica, sino que eran solo un sueño, pero en general, se trataba de un conjunto de ideas muy aprovechable que sin duda mejoraría la rentabilidad del futuro hotel.

Mientras pasaba esas ideas a limpio en el ordenador para enviarlas a su equipo y que fuesen incorporadas al plan de negocio, un montón de dudas se agolparon en su mente y eso era algo que no solía ocurrir.

Por primera vez en muchos años, no tenía del todo claro lo que quería hacer. Quizá hubiese un término medio entre su idea original de destrucción y la visión que Kate tenía del pequeño hotel, incluso había descartado ya las motos de agua y el resto de los deportes acuáticos para no dañar el ecosistema del lago.

Se sentía muy bien con Kate, y no solo por el maravilloso sexo que habían tenido la noche anterior. Ella, en cualquier caso, nunca le había dado demasiada importancia al sexo, aunque lo de anoche se había salido de las tablas. Era todo en general, no sabía cómo explicarlo.

Empezó a creer que realmente existía algo mágico en aquel lugar y que, con los cambios que ella haría, se podría revitalizar toda la zona creando riqueza sin necesidad de destruir el entorno, manteniendo esa magia.

Al fin y al cabo, Boston estaba solamente a trescientos cincuenta kilómetros de allí, algo menos de tres horas y media por carretera o cincuenta minutos en avión hasta el aeropuerto de Burlington. Suspiró y pensó por primera vez que aquello podía funcionar, no creía en el destino, pero quizá Kate era la persona que llenaría por fin su vida, podría ser quien llevaría la gestión de su hotel mientras ella pasaría temporadas en Vermont cuando su trabajo en Boston se lo permitiese.

Esos pensamientos la hicieron reflexionar, y recordó que era la primera vez en muchísimos años que se sentía feliz.

Necesito a Kate

Tras enviar a su equipo el documento con las nuevas ideas para ser analizadas e incorporadas al plan de negocio, Julia se sintió al mismo tiempo aliviada y confusa. Necesitaba hablar con alguien y solamente había una persona en el mundo en la que podía confiar y con el que pudiera tratar al mismo tiempo temas empresariales y personales; Jacob Harmon, su mentor.

Ni siquiera necesitó buscar en la agenda de su móvil el número de teléfono, le había llamado tantas veces que lo sabía de memoria y sus dedos volaron sobre la pantalla siguiendo un camino aprendido previamente.

—Julia, ¡qué sorpresa! Me ha dicho Mark que sigues en Vermont—escuchó al otro lado de la línea.

—Así es Jacob, necesito hablar contigo, ¿tienes unos minutos? —preguntó con menos energía de lo que era habitual en ella.

—Para ti siempre, ya lo sabes, pero antes de nada, he analizado todas las proyecciones económicas que me envió tu *quant* y creo que tu plan es una auténtica genialidad, me gustaría doblar la apuesta, ¿hay posibilidad de hacerme con el veinte por ciento de la empresa? —interrumpió el viejo inversor antes de que ella pudiese hablar de temas más personales.

—Por supuesto, Jacob, le diré a Mark que lo prepare todo para que tu fondo se haga con el veinte por ciento—le aseguró.

—Tus últimas operaciones nos están generando mucho dinero, quiero que sepas que me siento muy orgulloso de ti, ya has llegado muy alto para tu edad, para cualquier edad realmente, pero con ese olfato y esa capacidad de análisis quién sabe dónde puede estar tu techo.

—De eso precisamente quería hablarte, Jacob—expuso Julia deteniéndose para elegir bien sus palabras—estoy hecha un lío.

—¿Es por el pequeño hotel ese de Vermont? —preguntó su mentor.

—El mismo—admitió Julia con voz apagada.

—Pensaba que tu plan era sencillo, una especie de venganza personal contra el sitio ese. Comprarlo y derruirlo para borrar para siempre los malos recuerdos de tu infancia. ¿Cuál es el problema? ¿No quieren vender? ¿Por qué sigues ahí? —inquirió Jacob.

—Ya he comprado el hotel. De hecho, por bastante menos dinero del que pedían al principio, su dueño estaba hasta el cuello de deudas, prácticamente en la ruina, lo iba a perder todo, el pobre hombre había avalado con todo su patrimonio.

—Eso parece una operación financiera típica de ti—bromeó el inversor.

—Ese es el problema—admitió Julia sorprendiéndose mientras miraba las aguas del lago.

—¿No ves que pueda ser rentable?

—Al contrario, tengo unas ideas nuevas muy prometedoras para hacerlo rentable, se las acabo de pasar a Mark y a su equipo para que las analicen y las incorporen al plan de negocio—le aseguró Julia con orgullo.

—Hay algo más, ¿verdad? Tu voz no parece la misma—añadió el financiero.

—Sí, hay algo más, alguien para ser exactos—corrigió Julia—y ahora ya no estoy segura de lo que estoy haciendo, ni de lo que quiero hacer. He conocido a la hija del que me vendió el hotel,

ella fue la que me dio gran parte de las ideas, y...

—Y sientes algo por ella—interrumpió el viejo inversor.

—Creo que sí—admitió Julia con un hilo de voz.

—Si solo creyeses que sí ya estarías de vuelta en Boston, Julia, aunque eso no es necesariamente malo, todo lo contrario, recuerda lo que hablamos en nuestra última comida. Mientras no afecte a tu capacidad de análisis para nuevas adquisiciones puede aportarte algo de equilibrio, no puedes pasar el resto de tu vida sin querer a nadie. Además, esta es una operación menor, mientras no pierdas mucho dinero puedes dejar todo como está—insistió Jacob.

—Pero es que ahora pienso que puede ser un negocio muy rentable, Jacob. Hasta ayer era solo una venganza personal contra el recuerdo de mis padres como tú dices, pero con las nuevas ideas lo veo como negocio. Tendrías que ver este lago, lo estoy observando desde la ventana de mi cabaña, te da tanta paz que es capaz de llegar a tu corazón—confesó Julia con los ojos humedecidos.

—Creo que lo que está empezando a llegar a tu corazón no es el lago precisamente—bromeó el inversor—. En cualquier caso, lo tienes muy fácil, si crees que el proyecto es rentable y la chica te interesa, entrégale el plan de negocio para que lo evalúe y dale la oportunidad de trabajar en el proyecto junto a ti.

Al oír esas palabras, el corazón de Julia se llenó de alegría. En el fondo era lo que ella misma había decidido, solo que no se atrevía a tomar esa decisión.

Ahora, al escucharlo de la boca de un inversor con tanta experiencia como Jacob todo cobraba sentido. Llevaría a cabo un nuevo plan de negocio con muchas de las ideas de Kate, modernizaría el hotel y revitalizaría toda la zona respetando el ecosistema del lago, y se apoyaría en Kate para hacerlo realidad, para cumplir sus sueños y al mismo tiempo ganar rentabilidad.

Ella podría visitar el hotel cada cierto tiempo y así seguir adelante con su relación con Kate y al mismo tiempo continuar con su trabajo en Boston, buscando adquisiciones de empresas en dificultades económicas como si nada hubiese cambiado. Tendría lo mejor de ambos mundos, el lugar le parecía ahora mágico de verdad.

Esa noche Kate volvió a la cabaña número siete con una deliciosa cena hecha por ella misma y Julia pensó en contarle todos sus planes, pero prefirió esperar a que su equipo incorporase las nuevas ideas en el plan de negocio, su mente analítica celebraba por adelantado el momento en el que Kate viese sus ideas convertidas en números y renovada rentabilidad para el hotel.

—Quiero preguntarte una cosa, Jules—exclamó de pronto Kate respirando hondo.

—Tú dirás.

—Quizá te parezca una tontería, no lo sé, pero es que yo soy así y...

—¿Quieres hablar de una vez? —interrumpió Julia riendo.

—¿Estás con alguien? No me gustaría haberme acostado con una mujer casada o en una relación, ya sé que ahora ya es un poco tarde, pero te lo tenía que preguntar—admitió Kate mordiendo su labio inferior.

—Dame tu mano—solicitó Julia apretándola entre las suyas mientras la acariciaba con su dedo pulgar—. No estoy con nadie, de hecho hace mucho que no estoy con nadie, aunque hay una chica de Vermont que me vuelve loca.

—¡Qué idiota eres! —bromeó Kate con un suspiro de alivio—¿Cuál es el misterio? ¿Por qué alguien como tú no tiene pareja? Quiero decir; eres guapa, con dinero, tienes una personalidad arrolladora, vives en Boston donde seguro que tienes un montón de mujeres para elegir, no como aquí que no hay ninguna y las que vienen de paso se marchan a la semana. Algún misterio tiene que

haber.

—Se te ha olvidado mencionar que soy buena en la cama...espero—bromeó Julia inclinándose para besar sus labios.

—Lo eres, pero responde, por favor—insistió Kate poniéndose seria.

—El misterio es que me paso el día trabajando y siempre le di más valor a mi trabajo que a una relación. Sin embargo, es posible que eso esté a punto de cambiar mucho antes de lo que te imaginas—reconoció Julia con una amplia sonrisa.

—¿Y eso?

—Ya lo verás, tengo ciertos planes muy interesantes que te van a encantar, pero no te voy a decir nada hasta que lo tenga todo bien pensado y analizado—aclaró con un guiño de ojo.

—¿Esos planes incluyen a esa chica de Vermont que dices que te vuelve loca? —preguntó Kate con sus ojos llenos de brillo.

—Por supuesto, creo que me resultaría imposible no incluir a esa chica de Vermont que me tiene loquita. Mañana, en cuanto me confirmen unas cosas, lo sabrás—le confesó acariciando sus labios con el dedo pulgar y haciendo que Kate cerrase los ojos con un suspiro de deseo.

Cuando el pie descalzo de Kate se coló entre sus piernas, el corazón de Julia saltó varios latidos. Su pie acarició con lentitud la piel de sus gemelos y siguió subiendo hasta llegar a la zona de la rodilla haciendo que Julia dejase escapar un suave gemido.

Kate sonrió, y sin mediar palabra acarició la mejilla de Julia con la yema de sus dedos para luego deslizarla por su cuello con una sutil caricia sensual.

Cuando Julia se acercó para besarla se retiró lentamente arrancando un suspiro de decepción de su boca, y al volver a intentarlo se encontró con su pulgar entre los labios. El dedo de Kate los recorrió muy lentamente, primero el labio superior, para después y con la misma lentitud, recorrer el inferior.

Julia se aventuró a chupar el dedo con la punta de la lengua, dejando escapar un suspiro de deseo, y empezó a sentirse muy excitada. Excitación que fue en aumento cuando Kate introdujo el dedo en su boca, abriéndose paso entre los labios y jugando con su interior haciendo que enloqueciera de placer.

Ladeando la cabeza, Kate encajó sus labios en los de Julia, sosteniendo sus mejillas entre las palmas abiertas y besándola con pasión, los gemidos de ambas apagados en sus bocas.

Kate se levantó de la silla y se colocó en cuclillas frente a Julia. Separando sus piernas, empezó a acariciar sus muslos, jugando con las uñas sobre ellos y haciendo que a Julia se le pusiese la carne de gallina y sintiese su sexo empaparse de deseo.

A continuación, acarició los gemelos con suavidad antes de bajar a los tobillos y recrearse en la sensible piel de la parte superior de los pies.

Julia pensó que sentir esas manos acariciando su pie derecho le estaba excitando mucho más de lo que jamás hubiese pensado y, cerrando los ojos, echó la cabeza hacia atrás recreándose en las sensuales caricias.

Tras levantarse, Kate se sentó a horcajadas sobre sus rodillas besando su cuello, dejando escapar pequeños gemidos junto a su oído izquierdo mientras Julia acariciaba su espalda o cogía sus nalgas entre las manos.

Sin romper el beso, fueron quitándose la ropa torpemente dejando un reguero de prendas en el suelo de camino a la cama donde sus cuerpos desnudos volvieron a encontrarse.

Frotando su sexo sobre el muslo de Julia, Kate acarició con delicadeza su vientre y a continuación el costado, subiendo lentamente hasta la axila y haciéndola suspirar de placer antes de besar el interior de sus brazos hasta llegar a la parte interior de la muñeca. La recorrió con la

punta de la lengua haciéndola enloquecer de pasión.

Julia sintió un escalofrío cuando uno de los dedos de Kate se deslizó por la entrada de su vagina con delicadeza jugando entre sus labios durante un buen rato, volviéndola loca de deseo y anticipación antes de penetrarla.

—Dame tu mano—ordenó Kate de improviso.

Julia obedeció y se sorprendió cuando Kate la condujo hasta su vagina donde antes estaba la suya.

—Quiero que te masturbes para mí—decretó entre susurros.

—No—contestó Julia negando con la cabeza.

—Hazlo—insistió Kate entrelazando sus dedos con los de Julia y empujándolos entre sus labios.

Bajo los dedos de Kate, Julia sintió el calor de su sexo, empapado por el néctar de su excitación e introdujo dos de sus dedos mientras Kate gemía junto a su oído.

Acostumbrada a llevar siempre el mando, era una situación completamente nueva para Julia, pero ese lado salvaje y autoritario de Kate la volvía loca de deseo, excitándola como jamás lo había estado con anterioridad.

Julia introdujo los dedos más adentro mientras la palma de su mano rozaba su clítoris y la mano de Kate presionaba la suya marcando el ritmo de la penetración. Excitadísima, pronto encontró la zona rugosa que le producía mayor placer y la presionó sin descanso al tiempo que los suaves gemidos de Kate retumbaban junto a su oído.

Un fuego recorrió su cuerpo desde los dedos de los pies hasta su vientre obligándola a gritar mientras se dejaba caer sobre la cama tras un intenso orgasmo en el que parecía haber perdido el control de su cuerpo.

Al sacar sus dedos, un pequeño chorro de líquido caliente cubrió sus manos, goteando por su entrepierna mientras ambas intentaban recuperar el aliento entre besos y caricias.

—Joder, vas a acabar conmigo—exclamó Julia entre risas.

—Esto no ha hecho más que empezar—amenazó Kate bromeando—debo conseguir que esa chica de Vermont entre definitivamente en tus planes, aunque sea a base de sexo y buena comida.

—Creo que esa chica de Vermont ya está muy dentro de mis planes—reconoció Julia entre suspiros.

—¿Cómo tienes pensado que esto funcione? Porque yo lo veo muy complicado, la verdad—admitió Kate bajando la mirada.

—¿Puedes esperar a mañana? —rió Julia—eres una impaciente, joder.

Julia reposó un buen rato con su cabeza sobre el pecho de Kate mientras ella jugaba con su melena rubia y pensó que esos momentos de intimidad junto a ella le daban tanta paz que casi podían competir con el maravilloso sexo que acababan de tener.

Todavía recostada sobre su pecho, recorrió con la yema de los dedos las pequeñas areolas de Kate, haciendo suaves círculos alrededor de sus pezones sin llegar a tocarlos, observando cómo su pecho se hinchaba con cada respiración.

Kate dejó escapar un pequeño suspiro al sentir el suave pellizco que Julia le había propinado en el pezón izquierdo, justo antes de morderlo con sus labios y lamerlo haciéndola gemir de placer.

Desde los pechos, fue dejando un reguero de besos hasta el ombligo, siguiendo por el pubis hasta detenerse en sus pliegues donde el calor de su lengua consiguió tensar cada músculo de la espalda.

La deslizó con lentitud entre sus labios una y otra vez para centrarse a continuación en el

clítoris, haciendo que todo a su alrededor desapareciese, solamente su sexo y la lengua de Julia parecían existir en aquella cabaña.

Kate movía las caderas de manera rítmica, acompasadas con la lengua de Julia como si de un baile se tratase, en perfecta armonía mientras escuchaba los gemidos de su pareja apagados en su sexo y los suyos, incapaz de contenerse, rompían el silencio de la noche.

Su cuerpo entero se estremeció al sentir la lengua de Julia lamer su clítoris a una velocidad endiablada, al notar sus labios mordisquearlo y succionarlo. Con sus manos enraizadas en la melena rubia de su pareja, contrajo el vientre sin poder evitarlo mientras sus piernas temblaban al formarse un orgasmo que no podía contener por más tiempo y que dejó estallar en una explosión de placer como pocas veces había experimentado.

Poco importaban en esos momentos las preocupaciones o averiguar cómo harían funcionar una relación a distancia. Ambas sintieron que habían nacido para estar juntas, experimentaron un vínculo que parecía que nadie ni nada sería capaz de romper, mientras la noche fue dando paso a la madrugada entre besos, sexo y caricias.

Traición

La segunda noche junto a Julia había sido tan increíble como la primera, consiguiendo que todos sus desvelos se borrasen de su mente de un solo plumazo.

Kate miró a su pareja, todavía atrapada en un plácido sueño, y la besó delicadamente en la mejilla antes de vestirse intentando no hacer ningún ruido para no despertarla.

—¿Ya me abandonas? —bromeó Julia desde la cama—quédate un poco más.

Kate se giró sonriendo mientras se acercaba de nuevo a la cama y le dedicaba un nuevo beso.

—¿No puedes quedarte un poco más? Pronto llegará la información que quiero enseñarte y desearía ver tu cara cuando lo leas—añadió al tiempo que intentaba convencerla poniendo cara de pena.

—Sabes que no puedo, Jules, tengo que trabajar—se disculpó Kate dirigiéndose hacia la puerta y abandonando la cabaña.

Julia se quedó un poco más de tiempo en la cama, estirándose con pereza mientras pensaba en la sorpresa que se llevaría Kate al enterarse de que era ella la compradora del hotel y no solo eso, sino que pondría en práctica muchas de sus ideas.

Eso sin duda las uniría mucho más, pensaba contar con ella en la ejecución de los nuevos planes para el proyecto y más tarde para dirigirlo. Al fin y al cabo, ese era su sueño y ella se lo iba a proporcionar, pero esta vez sin tener que preocuparse por el dinero.

Tenía grandes planes para el futuro, uno de los amigos de Jacob era socio mayoritario en un negocio que organizaba retiros para los equipos directivos de importantes empresas y también convenciones y deseaba hablar con Julia para posibles colaboraciones en un futuro cuando el nuevo hotel estuviese terminado.

El entorno era perfecto también para las típicas actividades de cohesión de equipos que tanto les gustaban a los departamentos de recursos humanos y que a ella siempre le parecieron una soberana chorrada. Se podía sacar jugosos márgenes de esos eventos, solo había que añadirle una buena cocina y una gestión adecuada.

Una vez más, sus pasos la llevaron hasta la ventana desde la que se veía el pequeño embarcadero del lago. El sol se alzaba majestuoso sobre las aguas de color verde turquesa y la belleza del entorno empezaba a llenarle el corazón de felicidad.

Mientras esperaba a que Mark Troy le enviase el nuevo plan de negocio que incorporaría las ideas de Kate y cuantificaba su repercusión económica, decidió darse una ducha y pensar en ella y en la sorpresa que se iba a llevar.

Tras encargarse de la recepción del hotel durante más de dos horas, Kate volvió a su cabaña donde encontró a su padre apoltronado sobre una silla, con la cara escondida entre sus manos y aspecto derrotado. Hacía varios días que ni siquiera salía de la cabaña y su aspecto era cada vez más cansado, pero esto ya parecía más serio.

—Papá, anima esa cara, todo tiene solución, ya verás—exclamó Kate con energías renovadas—mañana hablaré con el banco, siempre se portaron bien, espero conseguir que nos financien hasta que termine la temporada de verano y así reducir las deudas, eso nos hará ganar tiempo para

pensar alguna salida antes de vender el hotel.

—Kate, hija, el hotel está vendido desde hace tres días. No había otra solución o lo perderíamos todo, incluida la casa del pueblo que teníamos como aval para la deuda. Intenté decírtelo cuando hablamos, pero te negaste a escuchar—reconoció el señor Griffin con lágrimas en los ojos.

—Papá, por favor, no me puedes hacer esto, es toda mi vida—suplicó Kate rogando una solución.

—Ya no hay vuelta atrás, está todo firmado y el banco ha cancelado nuestras deudas—explicó su padre señalando con la barbilla hacia unos papeles desperdigados sobre la mesa.

—No, papá—tembló Kate sintiendo que todo su mundo se desmoronaba—¿es esto?

Kate cogió un sobre que había sobre la mesa, con el membrete de una empresa de inversiones de Boston. No entendía muchos de los términos legales y financieros pero pronto una daga atravesó su corazón causándole un dolor como no recordaba desde la muerte de su madre.

El nombre de Julia Cooper aparecía en todas las páginas como consejera delegada del fondo de inversión de Boston que había comprado el hotel. Entre lágrimas, Kate se negó a aceptarlo aunque el dolor que sentía era tan fuerte que la paralizaba y tuvo que sentarse en una silla.

No era posible, no podía creer lo que estaba leyendo, si fuese verdad Julia se lo habría dicho, ayer mismo habían estado hablando de su futura relación. Debía tratarse de una coincidencia, sin duda, habría muchas Julia Cooper en el mundo, tenía que ser un nombre muy común.

Desesperada, cogió su teléfono móvil y tecleó en el buscador de Google el nombre de la empresa de Boston. Al entrar en su página web, allí aparecía Jules sonriendo majestuosa, impecablemente vestida con un traje de ejecutiva y maquillada para impresionar.

Las búsquedas que siguieron le helaron la sangre. Las cosas que se podían leer en distintos foros de internet sobre ella le causaron auténtico terror; su fondo de inversiones se dedicaba a comprar empresas que pasaban por serios problemas económicos para, una vez despedidos una gran parte de sus trabajadores, trocearlas y venderlas a fondos buitres. Apenas podía creer lo que estaba leyendo, el trabajo de Julia consistía en hacer sufrir a la gente para enriquecer a unos pocos y, aparentemente, era muy buena en ello.

Kate había visto el deterioro económico causado en Rabell Falls cuando cerró la gran fábrica de componentes de automoción y vivido en sus propias carnes el sufrimiento causado cuando la mitad de las familias del pueblo se quedaron sin empleo y ahora no podía creer que Julia se dedicase justamente a eso.

Desolada, sus ojos se llenaron de lágrimas sin poder comprender lo que estaba pasando, negándose a aceptar lo que veían sus ojos.

—Acaba de llegar esto por correo electrónico para ti, es un plan de negocio para el hotel, tengo que reconocer que tiene muy buenas ideas, parece haberte leído la mente—apuntó el señor Griffin al darle los papeles a su hija.

Ver una gran parte de sus ideas en ese plan de negocio fue la gota que colmó el vaso, ni siquiera se detuvo en ver su impacto económico, ni siquiera quiso reparar en la importante renovación que sufriría el hotel o en el impacto que ejercería sobre la economía de la zona, todo ello claramente especificado.

Aquella mujer le había robado las ideas, había aparentado que sentía algo por ella para hacerse con sus ideas. Y lo que más le dolía era que se habían acostado juntas y le había llenado el corazón de esperanza.

Aquello era más de lo que podía soportar; llorando de rabia azotó los papeles contra la pared sintiendo el dolor de la mayor traición que había sufrido en su vida.

Sin explicación

Enfurecida, Kate se dirigió a la cabaña número siete dispuesta a pedir explicaciones a Julia, aunque ya no sabía si realmente quería escucharlas. Sentía un dolor inmenso, su vida se acababa de derrumbar por completo y lo había perdido todo de un plumazo; el hotel, la persona a la que pensaba que amaba, su dignidad.

Kate casi se sorprendió de su estupidez, sin duda Julia era una maestra del engaño, porque esa noche habría jurado que sentía algo por ella. Habían pasado dos días maravillosos juntas, quizá de los más felices de su vida, solamente para reírse de ella y robarle sus ideas. No se podía ser más imbécil.

Aporreó la puerta de la cabaña número siete con todas sus fuerzas, incluso pegando un par de patadas que rompieron la paz del entorno asustando a una bandada de pájaros.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Julia sorprendida aunque con una sonrisa en la boca.

—Yo te diré lo que pasa, Julia, que eres una hija de la gran puta, y lo de cariño te lo puedes meter por el culo—chilló Kate irritada sin importarle que alguien pudiese oírla.

—¿Qué dices, Kate? —preguntó Julia confusa.

—Eres la peor persona que he conocido en toda mi vida, apenas puedo empezar a comprender qué es lo que se le pasa a alguien por la cabeza para ser como tú. ¿Tanto daño te han hecho en tu niñez para odiar el mundo de esta manera? ¿Eres consciente del sufrimiento que causas? Eres una zorra asquerosa, lo que me has hecho no tiene nombre ni perdón, solo espero que exista un infierno y te pudras en él—siguió gritando Kate sin control ante la mirada atónita de Julia.

—Kate, déjame que te explique, creo que lo has entendido mal, yo...

—¿Qué he entendido mal, hija de puta? —interrumpió Kate nerviosa sin dejarla continuar— ¿Quizá que eres la persona que ha comprado el hotel y no me lo has dicho? ¿O que me has follado para robarme las ideas? Y yo que pensaba que significaba algo para ti, eres el peor tipo de zorra que he conocido nunca.

—No es lo que piensas, Kate, no lo has entendido—trató de explicarse Julia sin perder la compostura.

—Joder, te di todas mis ideas para que me las robases y las incorporases a tu proyecto, ¿cómo se puede ser tan cabrona, Julia? ¿Cómo has podido usarme de esa manera? Ya habías comprado el puto hotel, me lo has quitado todo y todavía has tenido la cara de follarme durante dos días—increpó Kate entre lágrimas.

—Kate, escucha, por favor. No te he quitado nada, todas tus ideas se van a utilizar para mejorar el hotel, no he robado tus sueños, los he mejorado, las dos queremos lo mismo, yo pensaba que...

—Me importa una mierda lo que tú pensases, Julia—gritó Kate temblando de rabia—te lo di todo, mis ideas, mi confianza, mi cuerpo, eres la peor de las personas, ¿alguna vez has querido a alguien que no seas tú misma?

—Kate, significas mucho para mí, por favor, escucha, te lo suplico...

—Vete a la mierda, Julia, no quiero volver a verte en mi vida, ya puedes quedarte con tu jodido hotel y poner motos de agua en el lago, o un puto dragón volador que lleve a los turistas de

excursión, lo que me has hecho no tiene nombre, no sé cómo se puede ser tan zorra, espero no volver a verte nunca más—espetó Kate girando sobre sí misma y abandonando la zona a grandes zancadas antes de que Julia pudiese seguir hablando.

—Por favor, quédate, Kate—fue lo último que Julia pudo expresar con voz rota, derrotada por primera vez en muchos años, sin que Kate pudiese ya escucharla.

Confusa, Julia entró en la cabaña y sacó una cerveza del minibar. Ya no recordaba la verdadera razón por la que había venido a ese dichoso hotel, su corazón se negaba a aceptarla. Kate la había cambiado por completo en tan solo unos pocos días, y ahora que había incorporado sus ideas mejorando el proyecto y revitalizando toda la zona justo como ella quería la insultaba de esa manera. Cada vez entendía menos a las personas.

Lo peor es que ni siquiera comprendía por qué Kate estaba así de enfadada, por qué la odiaba de ese manera o decía que la había utilizado. Es cierto que quizá le tendría que haber dicho desde el principio que ella era la compradora del hotel, pero realmente era su salvadora, ella seguiría con el negocio. Si no lo compraba su empresa lo compraría otra y podría resultar mucho peor, o se lo quitaría el banco junto con todo el patrimonio que tenían.

Y claro que había utilizado sus ideas en el plan de negocio, de eso se trataba. Eran muy buenas ideas, mejoraban la rentabilidad notablemente, era su sueño y ella lo estaba haciendo realidad para que Kate dirigiese el hotel. Si hasta le acababa de enviar el nuevo plan de negocio al correo electrónico de su padre para que se lo enseñase, ansiosa de que viese las futuras mejoras.

Sin embargo, lo que más le dolía es que le dijese que la había utilizado sin sentir nada por ella. Nunca había sentido nada real por ninguna persona con anterioridad, solo atracción física, pero muy poco más y por primera vez estaba dispuesta a hacer grandes sacrificios por el amor de una mujer.

Estaba dispuesta a cambiar su estilo de vida, a pasar temporadas en Rabell Falls junto a ella, se había sentido tremendamente viva las dos noches que pasaron juntas, y ahora la acusaba de no sentir nada por ella, de utilizarla.

Casi prefería seguir siendo la fría Julia de antes a la que no le importaban en absoluto los sentimientos de los demás, al menos en esos momentos no estaría sufriendo como ahora, nadie podría hacerle daño.

Irritada y confusa a partes iguales, decidió marcharse al día siguiente de ese hotel y no volver jamás. Seguiría con su plan, pero delegaría en alguien la gestión, no quería volver a verlo, se había hecho demasiadas ilusiones y eso nunca era bueno, la vida le iba mejor cuando escuchaba a su mente fría y analítica y no a su estúpido corazón.

Revolvió el minibar en busca de algo de chocolate, desde que era una niña se refugiaba en el chocolate cuando estaba disgustada hasta convertirse casi en una adicción. Cada vez que algo no salía bien necesitaba una buena dosis de chocolate; tenía sus favoritos, pero realmente, llegado el caso le valía cualquiera, era lo único que la calmaba en esos momentos.

Maldijo la falta de preparación del dichoso minibar, jurándose a sí misma que cuando la renovación estuviese terminada pondría varias barras de chocolate variado en cada cabaña y se dirigió a la máquina expendedora del edificio principal a por provisiones recordando mientras caminaba el enorme enfado de Kate por algo que seguía sin entender.

Ya no me importa

Julia se paró frente a la máquina expendedora del edificio principal debatiéndose entre comprar un par de tabletas de Crunch o de Kitkat. La máquina no ofrecía tampoco demasiada variedad, ella hubiese preferido unos Reese de chocolate rellenos de mantequilla de cacahuete, pero ya era demasiado pedir para un sitio como este.

—Joder, ¡qué mierda de día! —exclamó golpeando el cristal con el puño sin importarle que alguien pudiese escucharla al descubrir que la máquina no aceptaba billetes de cincuenta dólares.

Buscó en sus bolsillos por si pudiese tener alguna moneda suelta sin obtener resultado alguno y observó para su pesar que no había ninguna persona en la recepción del pequeño hotel en esos momentos.

—¡Mierda, mierda, mierda...! —susurró golpeando varias veces con su frente sobre el cristal de la máquina.

Para una persona acostumbrada a conseguir casi siempre todo lo que se proponía, nada estaba saliendo bien esa mañana y su nivel de frustración se incrementaba por momentos.

—¿Indecisa? —preguntó un hombre a sus espaldas.

Al girarse, Julia se encontró frente a frente con James Griffin, el padre de Kate, al que no había vuelto a ver desde hacía unos días cuando firmaron la compra. Parecía tener mejor cara, como si por fin hubiese admitido que vender el hotel era lo mejor para él y su familia. Ojalá Kate lo entendiese también, pensó, aunque por la reacción que había tenido esa mañana, lo dudaba mucho.

—Señor Griffin, me alegro de verle de nuevo—exclamó Julia con educación.

—Lo mismo digo—respondió él—¿algún problema con la máquina?

—Sí, no admite billetes de cincuenta dólares, es todo lo que tengo en estos momentos y me gustaría comprar algo de chocolate, no tendrá cambio de cincuenta, ¿verdad? —preguntó esperanzada.

—Todo lo que tengo es uno de cinco, puede quedárselo.

—Se lo devolveré en cuanto cambie—respondió aliviada aceptando el billete.

—He visto el plan de negocio, no sé si debía haberlo hecho ya que iba destinado a Kate, pero si de verdad lo lleva a cabo tal y como está escrito le hará un gran favor a Rabell Falls, creará riqueza para todo el pueblo y no solo para el hotel. Se lo agradezco—admitió el señor Griffin con sinceridad.

—Kate no piensa lo mismo—replicó Julia con sequedad mientras sacaba la segunda chocolatina de la máquina.

—Para Kate este lugar lo es todo, es toda su vida. No sé lo que ha pasado entre usted y ella, pero ahora mismo está enfadada con el mundo, incluyéndome a mí. Supongo que se le pasará y algún día comprenderá que vender el hotel era la única opción que me quedaba—reconoció el hombre bajando la mirada.

—Espero que algún día comprenda que no he pretendido robarle las ideas, sino todo lo contrario. Lo que pretendía es que esas ideas se hiciesen realidad. Yo no puedo abandonar mi trabajo en Boston para encargarme de esto y mi idea era apoyarme en ella para que dirigiese el día a día del hotel, pero ni siquiera me ha dejado hablar esta mañana.

—Esa idea... ¿sigue en pie? —preguntó el señor Griffin confuso.

—No lo sé. Sí, supongo que sí, ya me da igual. Me marcho mañana por la mañana, si habla con Kate y quiere encargarse de la dirección del hotel le haré una propuesta económica, si no quiere le ruego que me lo diga cuanto antes para buscar a alguien que se encargue.

—Hablaré con ella, no se preocupe—aseguró el padre de Kate.

—Bien, por mí pueden quedarse hasta que empiecen las obras de remodelación, no hay razón para que abandonen su vivienda de momento—añadió Julia mientras abría una de las chocolatinas.

—Gracias, y de nuevo gracias también por lo que va a hacer por el hotel y la zona. Espero que mi hija sepa entenderlo.

Asintiendo con la cabeza, Julia se encaminó hacia la cabaña número siete para empezar a hacer las maletas y abandonar el hotel al día siguiente. Se sentía de algún modo defraudada, por una vez había puesto los sentimientos por delante de las decisiones económicas y todo había salido mal. Era mucho más fácil cuando nada importaba, cuando solo los fríos números hablaban. Los números no mentían ni entendían mal las cosas.

—¡Griffin! —gritó volviendo sobre sus pasos.

—Dígame, señorita Cooper—contestó solícito el hombre.

—Se me ha ocurrido de repente que no le voy a devolver los cinco dólares que me acaba de prestar. Le venderé algo por ellos—aclaró con una extraña sonrisa en la boca.

—No entiendo lo que quiere decir, señorita Cooper—contestó confuso.

—Le vendo el cuarenta y nueve por ciento del nuevo hotel por esos cinco dólares, libre de deudas, de esa manera Kate tendrá un incentivo para encargarse de la gestión—expuso Julia ante el asombro del señor Griffin.

Sorprendido, el padre de Kate se quedó petrificado mirando a Julia sin entender nada, perdiendo el equilibrio durante unos instantes y teniendo que apoyarse en el marco de la puerta.

—¿Por qué hace algo así? ¿Por qué me regala algo que ya le he vendido? —preguntó Griffin incapaz de comprender.

—No es tan regalo como parece, créame—respondió Julia mientras abría la segunda tableta de chocolate—puedo llegar a ser un verdadero coñazo como socia.

El señor Griffin miró a su alrededor, a las cabañas y su entorno, y los ojos se le llenaron de lágrimas mientras experimentó una alegría que llevaba años sin sentir.

—Me gustaría convertir este lugar en un hotel extraordinario, Griffin, pero ya le he dicho que debo ocuparme de mi empresa en Boston por lo que tengo que apoyarme en alguien que se encargue del día a día del proyecto. No se me ocurre nadie mejor que Kate para hacerlo, y no se ofenda, pero quiero que sea ella quien lo haga y no usted. Son sus ideas y esta zona es parte de su vida. Digamos que una participación en la sociedad es un incentivo importante para que dé lo mejor de sí misma.

—Hablaré con Kate cuanto antes, estoy seguro de que estará encantada de hacerse cargo—respondió el hombre acelerado.

—Le repito que soy una persona muy exigente, si vamos a ser socios pediré todo tipo de informes y estadísticas, no trato de ofender, pero no quiero el descontrol que había antes. En cualquier caso, si Kate está de acuerdo en hacerse cargo del hotel, he visto lo suficiente de ella como para saber que es la persona que mejor mantendrá la magia de este lugar intacta—reconoció Julia despidiéndose del señor Griffin y encaminándose hacia su cabaña mientras el hombre miraba al cielo con los ojos bañados en lágrimas.

Desolación

Kate se encerró en su cuarto sin querer saber nada más del mundo. Había llorado tanto que ya no le quedaban más lágrimas, aunque el tremendo vacío que llenaba su interior seguía ahí, incapaz de disminuir lo más mínimo.

Toda su vida se había derrumbado de golpe como si fuese un castillo de naipes y ya nada tenía sentido. Estaba decidida a abandonar esa misma noche el hotel, el lugar que hasta esa mañana había sido toda su vida. El mismo que hasta hacía escasamente unas horas creía que estaba repleto de magia.

Ahora ya nada importaba, todo había desaparecido; el hotel, su esperanza, el amor que creía sentir por Julia, incluso la confianza en su padre. Ya no sabía qué podría salir peor, con lo que decidió abandonar para siempre Rabell Falls y su entorno para no volver jamás. Puede que algún día pudiese olvidar la enorme tristeza que la consumía en esos instantes, aunque posiblemente el resultado final ya no sería la misma persona.

Quizá eso es lo que le había pasado a Julia, quizá había sufrido tanto cuando era una niña que la mujer que emergió años más tarde era incapaz de sentir la más mínima empatía por el resto de las personas. Alguien capaz de utilizar, manipular y traicionar sin el más mínimo atisbo de remordimiento.

Había sido la traición definitiva, la madre de todas las traiciones. Debía dejar su hotel y todos sus sueños en las manos de la mujer que la había utilizado acostándose con ella para robarle sus ideas e ilusiones. No cabía posibilidad alguna de mayor crueldad.

Bajó a la cocina a por un vaso de agua, su garganta seca de tanto llorar, y se encontró a su padre silbando tranquilamente una vieja canción mientras preparaba la comida.

—¡Kate! —exclamó su padre al verla bajar por las escaleras—precisamente quería hablar contigo, pensaba que no estabas aquí, no me cogías el teléfono, no te vas a creer lo que ha pasado.

Kate miró su teléfono móvil y para su sorpresa encontró infinidad de llamadas de su padre. También había un par de ellas de Julia, lo que le generó un sentimiento de repulsa inmediato.

—Perdona, le había quitado el sonido, no tengo el cuerpo para hablar con nadie en estos momentos como comprenderás—contestó Kate muy seca.

Según terminó la frase, sintió un latigazo de ira en su interior. Su padre seguía silbando tranquilamente esa vieja canción, feliz mientras le indicaba con un gesto que se sentase a la mesa.

—Pareces contento—exclamó con disgusto.

—¿Cómo no iba a estarlo, Kate? Ha ocurrido un auténtico milagro—respondió emocionado.

—Pues como no sea que el día de hoy ha sido todo un mal sueño y pronto me voy a despertar, no me parece que nada lo pueda arreglar, ni empeorar ya—contestó Kate irritada—. La vida es una mierda, papá. No estoy preparada para esto, se me ha caído todo de golpe, todos mis sueños borrados de un plumazo por culpa de la zorra esa y de su dinero.

—La señorita Cooper es nuestra salvadora, Kate—afirmó su padre cogiendo sus manos y apretándolas mientras de nuevo los ojos se le llenaban de lágrimas.

—La señorita Cooper como tú dices, es una hija de puta que solo se salva a sí misma y a su dinero a costa de las vidas y el sufrimiento de otras personas. Y para que lo sepas, no le ha

importado lo más mínimo jugar con tu hija para robarle sus ideas y sus sueños—replicó Kate retirando las manos con un gesto de rabia.

Su padre la miró durante unos instantes en silencio antes de seguir hablando, sintiendo como suyo el dolor que Kate estaba experimentando.

—Kate, hija, no has comprendido sus intenciones. Quizá ella se ha expresado mal o no le has dado tiempo a explicarlo. No sé lo que ha ocurrido entre vosotras, pero puedo ver que ella siente algo por tí. Desde luego, por mucho dinero que tenga, su gesto lo indica claramente. Y he visto tu cara de felicidad estos dos últimos días, hacía años que no te sentías así, tú también sentías algo por ella, no me lo puedes negar.

—¿Sí? Pues mira mi cara de felicidad ahora, puede que mi felicidad no regrese nunca, papá—chilló Kate dando un fuerte golpe en la mesa que hizo temblar los platos—. Esa zorra debería haberse dedicado al cine, es la mejor actriz que he visto en toda mi vida. Me utilizó, me engañó y me traicionó jugando con mis sentimientos, y todo para robarme unas ideas que le hubiese dado gratis desde el principio con tan solo pedir las.

—Hija, no te ha robado las ideas, las ha incorporado al plan de negocio para ti. ¿No te das cuenta? Tus sueños están ahí, en esos planes, todos ellos junto al dinero para llevarlos a cabo y la señorita Cooper quiere que seas tú la que ejecute esos sueños, quien los haga realidad, quiere que dirijas el hotel—explicó su padre sin poder contener las lágrimas.

—¿Es algún tipo de juego? ¿No le ha bastado ya con todo el daño que me ha hecho? Papá, yo me voy de Rabell Falls hoy mismo, todavía no sé dónde iré, pero no pienso volver por aquí en toda mi vida. Dudo mucho que pueda olvidar todo este dolor. Dile a esa zorra que se meta su plan de negocio por ese culo tan redondo que tiene—increpó Kate gritando mientras tiraba al suelo una silla.

—Kate, escúchame, por favor. Seguimos siendo dueños de la mitad del nuevo hotel. ¿Acaso te parece poco gesto por su parte de que le importas de verdad?

—¡Joder! ¡No podemos volver a meternos en deudas, papá!—vociferó Kate.

—No, no—respondió su padre con una risa nerviosa—eso es lo mejor de todo. Nos ha vendido esa participación por los cinco dólares que le presté para sacar unas chokolatinas de la máquina expendedora. ¿No te parece un verdadero milagro?

Kate miró a su padre extrañada, intentando asimilar el significado de sus palabras, mientras este asentía con la cabeza indicándole que era verdad.

—¿Ahora esa zorra también hace obras de caridad? ¿Qué es lo que pretende?

Acercándose a ella, su padre la miró a los ojos comprendiendo que la rabia y la tristeza le impedían valorar lo que estaba ocurriendo. Colocando las manos en sus hombros para que se sentara en una silla, comenzó a hablar con voz calmada.

—Entiendo que estás muy enfadada, Kate, pero creo que esta vez no estás queriendo entender lo que ocurre. No se trata de ningún acto de caridad, en todo caso es una prueba de lo que siente por tí y de lo que te valora. Me pidió expresamente que fueses tú quien se encargase de la dirección del hotel. También dejó claro que ella va a estar muy encima de toda la gestión y pediría todo tipo de informes cada semana. No será algo fácil.

—¿Para qué me necesita la señorita reina de los negocios? Sigo sin creérmelo, papá. Su mente es retorcida, vete tú a saber lo que estará tramando ahora, es una hija de puta—exclamó Kate incapaz de calmarse.

—Te necesita por dos motivos, hija. El primero es obvio, ella tiene que encargarse de sus negocios en Boston y necesita contratar a alguien para que lleve el hotel. Ha pensado que serías la persona idónea para hacerlo ya que lo conoces desde el día en que naciste. Este hotel es tu vida y

nadie comprende su magia mejor que tú, al fin y al cabo se trata de ejecutar tus propias ideas.

—¿Y la segunda razón? —indagó Kate con curiosidad.

—Esa chica siente algo por ti, Kate, algo profundo. Puede que sea demasiado torpe con las emociones como para expresarlo, pero a su manera, está haciendo todo lo posible para que te des cuenta. Abre los ojos, por favor, hija mía—rogó su padre acariciándole las manos.

Kate escuchó las palabras de su padre algo más calmada y recordó los dos maravillosos días que había pasado junto a Julia y en especial sus noches. Seguía tremendamente enfadada con ella, se sentía traicionada, pero empezaba a sentir una diminuta llama en su corazón.

—Papá, ¿tienes el plan de negocio? —preguntó con un hilo de voz.

Cuando su padre le entregó la documentación, la leyó con detenimiento. “Para entregar a Kate” ponía en el cuerpo del correo electrónico, “espero que esto pueda hacer realidad tus sueños, Julia”.

Expulsando una gran bocanada de aire, Kate se dejó caer sobre la silla, escondiendo la cara entre sus manos. Con el tremendo enfado, ni siquiera había leído el cuerpo del correo electrónico, o quizá su padre no se lo había entregado por olvido la primera vez. No sabía lo que había pasado, aunque cuando empezó a leer el plan y ver la aplicación práctica de sus ideas junto con los dibujos que habían hecho los arquitectos del nuevo hotel su corazón se llenó de nuevo de esperanza.

—¿Sabes si Julia ya se ha marchado del hotel? —preguntó con prisas a su padre mientras se levantaba de la mesa.

—Creo que no, ¿por?

—Luego hablamos—gritó abriendo la puerta al tiempo que se dirigía a toda prisa hacia la cabaña número siete con el plan de negocio enrollado en su mano.

Permite que me disculpe

El tiempo parecía no transcurrir por algún extraño motivo. Por momentos, Julia llegó a pensar que Kate tenía razón y aquel lugar poseía auténtica magia porque el reloj se negaba a marcar las horas. Para una persona acostumbrada a una vida de prisas, siempre llena de cosas por hacer, esa inactividad la estaba matando, no veía la hora de que llegase el día siguiente para escapar de allí.

La reacción de Kate la había dejado confusa, por una vez había intentado hacer lo correcto, había tratado de tener en cuenta el bien de la comunidad y no solo de sus inversores. Lo había hecho por Kate y todo había salido mal, rematadamente mal.

Ya no le importaba nada, mientras el hotel ese no perdiera dinero no volvería por allí, no quería saber más de él; si Kate quería hacerse cargo, muy bien, eran sus ideas al fin y al cabo, nadie lo conocía mejor que ella, las posibilidades de éxito eran mayores. Si no quería tampoco pasaba nada, ya buscaría a otra persona que lo hiciese. Y si el hotel no ganaba dinero, lo cerraría y dejaría que se derrumbase.

Aburrida y sin nada productivo que hacer, se cansó de estar en su cabaña donde las paredes parecían aprisionarla y decidió ir al embarcadero, quizá por una última vez en su vida. Por algún motivo, ese lugar le proporcionaba una paz extraña pero reconfortante, y se alegró de haber cambiado los planes iniciales para el lago; seguiría siendo el remanso de paz que era ahora, quizá los deportes acuáticos aportarían más dinero, pero sería un sacrilegio romper esa tranquilidad.

Reflexionó con calma sobre cómo el sufrimiento de su infancia la había cambiado. Ahora era una mujer fuerte y decidida, era dueña de su destino, una persona que no necesitaba a nadie, pero ¿a qué coste? Esa guerra traía consigo víctimas colaterales que no tenían culpa alguna.

Es cierto que cuando ella compraba una empresa en dificultades económicas las cosas ya estaban muy mal para sus empleados, pero en algunos casos se podrían salvar muchos puestos de trabajo haciendo las cosas de una manera un poco menos rentable para ella y sus socios.

Sentada al borde de la superficie de madera, dejó que su mirada se perdiese en el horizonte y pensó en Kate, en su infancia, en lo distinto que sería el hotel el verano siguiente...y de nuevo en Kate.

Kate llegó a la cabaña número siete lo más rápido que pudo, con su cabeza dando vueltas sobre lo que tendría o no tendría que decir, tratando de elegir con cuidado sus palabras. Debía disculparse ante Julia, eso lo sabía, por muy orgullosa que fuese, si cumplía lo escrito en el plan de negocio iba a mejorar las condiciones económicas no solo del hotel sino de todo Rabell Falls.

La parte de vender a su padre el cuarenta y nueve por ciento del hotel por cinco dólares ya no la tenía tan clara. Debía haber algún tipo de trampa, algún tipo de compensación económica oculta para ella en alguna parte, porque nadie regalaba el dinero, y mucho menos alguien como Julia.

Tampoco sabía si debía aceptar el puesto de directora del pequeño hotel. Era evidente que le apetecía más que nada en el mundo, suponía la oportunidad de ejecutar sus ideas, de materializar sus sueños, de hacerlos realidad, algo que siempre quiso hacer y nunca pudo por falta de medios económicos.

Sin embargo, aceptar ese cargo supondría casi con total seguridad un trato constante con Julia y

eso no le hacía ninguna gracia. Le había dicho cosas que quizá no se merecía, sabía que había sido injusta con ella y que debía disculparse, aunque esa mujer le seguía pareciendo un monstruo sin sentimientos, alguien capaz de destrozar puestos de trabajo sin remordimientos a cambio de obtener mayores beneficios. Ella había sido educada de otro modo y no quería tener ningún trato con alguien así.

Nerviosa, llamó a la puerta de la cabaña con mayor energía de la que sería necesaria pero no obtuvo respuesta alguna. Se asomó a una de las ventanas y observó que todo se encontraba en perfecto orden, como si ya se hubiese marchado, o como si nunca hubiese llegado, aunque tampoco la extrañó demasiado dada la obsesión de esa mujer con el perfecto orden.

Sin pensarlo, sacó de su bolsillo la llave maestra para abrir la puerta. Sabía que no debía usar esa llave sin motivo para entrar en la cabaña de un huésped, y mucho menos tratándose de la actual dueña del hotel, pero en esos momentos no le importaba demasiado.

Al entrar, no había ni rastro de Julia, aunque su maleta seguía allí, lo que le indicaba que aún no se había marchado, algo que sin apenas darse cuenta, le reconfortó el corazón.

Contrariada, salió de la cabaña pensando dónde podría estar. Era muy temprano para haber ido al pueblo a cenar, quizá había aprovechado su última tarde para caminar por alguna de las rutas que rodeaban el lago, aunque ni siquiera sabía si ese tipo de actividades le gustaban. En realidad, sabía muy poco de ella.

Los ladridos de su golden retriever corriendo en su dirección llamaron su atención y sonrió al ver que en vez de subir hasta la puerta de la cabaña la esperaba al comienzo del sendero que conducía al embarcadero.

Julia parecía sentirse tan atraída por la magia del lago como ella misma. Su cara se iluminó sin poder evitarlo al recordar los dos maravillosos días que habían pasado juntas, y cómo llegó a pensar que esa vez sí que por fin había encontrado una mujer que llenaba su vida, alguien con quien compartir el futuro.

Siguiendo al perro, caminó por el sendero hasta que divisó a Julia sentada al borde del viejo embarcadero de madera, observando la superficie del lago en silencio y, sin querer, se sintió atrapada por esa belleza serena y a la vez tan llena de energía que la atraía sin poder evitarlo como si fuese un imán.

Poco a poco, caminó hacia ella en silencio como había hecho aquella vez hacía algo más de veinte años cuando eran unas niñas, solo que esta vez, el perro delató su presencia antes de que se pudiese acercar.

—Hola—exclamó Julia sin ni siquiera girarse a mirar mientras acariciaba al perro.

—Hola, Jules—respondió Kate.

Ninguna de las dos volvió a hablar durante un buen rato con lo que el silencio que reinaba en ese lugar había dejado de ser tranquilizador para volverse muy incómodo.

En vista de que Julia no mostraba ninguna intención de iniciar la conversación, Kate inspiró llenando los pulmones de aire y lo expulsó muy lentamente como buscando el valor para empezar a hablar.

—He estado mirando el plan de negocio, me gusta mucho lo que quieres hacer con este lugar—admitió Kate con un hilo de voz y los ojos clavados en el suelo.

—Son tus ideas, yo solo las he retocado ligeramente y cuantificado—respondió Julia en tono seco.

—Mi padre me ha comentado lo de la venta de la participación del hotel—continuó Kate sin saber muy bien cómo seguir.

—Como te acabo de decir, son tus ideas, es justo que mantengáis una parte de la propiedad—

interrumpió Julia con la misma sequedad.

El silencio reinó de nuevo en el lugar, mientras Kate rebuscaba las palabras adecuadas ponderando cómo continuar y Julia trataba de vencer las pocas ganas que tenía de hablar.

—No entiendo por qué nos has vendido esa participación por cinco dólares. Si buscas alguna manera de sentirte bien contigo misma o algo así, no es necesario. No necesitamos tu caridad—recriminó Kate nerviosa arrepintiéndose nada más terminar la frase.

—¡Joder! —exclamó Julia escondiendo la cara entre sus manos—esto tiene que ser una puta pesadilla. De verdad, no lo entiendo, Kate. Si quieres discutir e insultarme, pensaba que ya te habías desahogado bastante con lo de por la mañana, pero veo que sigues con las mismas intenciones y ya no sé qué es lo que tengo que hacer.

Kate sintió un fuerte remordimiento al escuchar las palabras desesperadas de Julia y comprendió que no estaba siendo justa. Aunque seguía muy enfadada y odiaba a esa mujer, debía reconocer que lo que pretendía hacer con el hotel y su entorno merecía un mayor respeto.

—Mira, Kate, te lo voy a decir una sola vez y no lo voy a volver a repetir. No os he vendido esa participación para limpiar mi conciencia ni nada por el estilo. Tampoco te he robado tus ideas, sino que las he utilizado por el bien del proyecto para hacer tus sueños realidad. A partir de ahí, las dos cosas van unidas; yo quiero hacer de este hotel algo increíble, el mejor de la zona, pero necesito apoyarme en alguien que conozca el negocio y el entorno y la mejor candidata eres tú. Si no lo quieres, tú verás, pero deja ya de dar por saco y de buscar cualquier excusa discutir conmigo porque ya estoy cansada—reprochó Julia alzando la voz.

—Siento mucho lo de los insultos de esta mañana, estuvieron fuera de lugar, yo no soy así—reconoció Kate.

—Admito que posiblemente debería haberte dicho desde el principio que ya había comprado el hotel, pero es que no encontré el momento de hacerlo. Quizá ahora te parezca una tontería, pero los dos días que estuvimos juntas conseguiste que me sintiese otra persona diferente y tenía miedo de romper esa magia. Ahora comprendo que estaba equivocada y lo siento—reconoció Julia clavándole sus ojos verdes.

—Muy equivocada—añadió Kate

—Muy bien, muy equivocada, lo acepto y te pido disculpas. Sin embargo, eso es lo único que me puedes echar en cara. No me vengas con gilipolleces de que si te robé las ideas cuando lo hice por el bien del hotel y para que se pudiesen hacer realidad. ¿De qué te sirven las putas ideas si nunca pueden llevarse a cabo? Te estoy dando una oportunidad, te dejé claro la última noche que quería seguir adelante contigo y esta era la mejor manera que encontré para seguir juntas, y me lo has pagado con insultos y con gritos. Considera ese cuarenta y nueve por ciento del negocio como un pago por tus ideas y por salvarme de volverme loca hace veinte años cuando era una niña—añadió Julia bajando el tono.

Kate escuchó cada palabra con un sentimiento agri dulce. Seguía enfadada, no podía perdonar que Julia le ocultase que era la nueva dueña del hotel, no cuando se estaban acostando juntas, pero tenía razón en que su reacción no había sido la más adecuada y sentía vergüenza por ello.

—Siento de verdad lo que te he dicho, Jules—admitió Kate sentándose a su lado—no sé si sigues pensando que soy la persona adecuada para llevar adelante tu proyecto, pero me gustaría intentarlo.

—¿Crees que podrás contenerte sin insultarme? Te aviso de que no has visto aún mi peor versión—confesó Julia mirando el horizonte.

—Al menos lo intentaré, aunque no soy muy buena aceptando órdenes—respondió Kate medio en broma medio en serio.

—¿Tú crees que podrás perdonarme algún día? ¿Me darías una segunda oportunidad? Joder, Kate, no te puedes hacer una idea de lo que me está costando pedirte perdón, yo no estoy acostumbrada a hacer esas cosas—reconoció Julia.

Kate la miró a los ojos y observó a una Julia que había perdido un poco de esa energía que atesoraba, solo un poco, pero por primera vez la vio vulnerable.

—Sé que te está costando y lo valoro, Jules, eres una orgullosa y una cabezota—bromeó Kate sonriendo por primera vez.

Cuando Julia se acercó un poco más a ella y sintió una mano acariciar su espalda, la frialdad dio paso a un atisbo de ternura.

—Siento no haberte dicho que era yo quien había comprado el hotel, Kate, de verdad. Estaba tan bien contigo que me asusté y eso que no me suelo asustar fácilmente—admitió Julia—ahora tenemos un proyecto muy bonito que podemos desarrollar juntas y eso nos puede volver a unir si me das una oportunidad. No te prometo que vaya a funcionar, ni lo nuestro ni el proyecto, pero al menos me gustaría intentarlo.

—Yo no te prometo que pueda volver a sentir ese vínculo contigo que he experimentado en los últimos dos días, porque me has hecho mucho daño.

—Tendré que ganármelo entonces—respondió Julia asintiendo con la cabeza.

—Tampoco me gustan las relaciones a distancia—añadió Kate.

—Justo sobre eso había estado pensando hoy por la mañana antes de que vinieses como un torbellino a insultarme—bromeó Julia—. Había pensado en dejar la cabaña número siete sin modificar, como un recuerdo del antiguo hotel y pasar temporadas en ella para ayudarte con la gestión. Al fin y al cabo en avión son cincuenta minutos hasta Burlington y en coche unos trescientos cincuenta kilómetros, mejorando el ancho de banda de internet puedo trabajar desde aquí de vez en cuando. No es lo mismo que estar siempre juntas, pero es lo máximo que te puedo ofrecer, no te voy a mentir.

—Me puede valer si me prometes que no habrá más mentiras ni engaños—concedió Kate dándole un beso en la mejilla.

Julia cogió la mano de Kate entre las suyas y la acarició con su dedo pulgar antes de seguir hablando.

—¿Eso es un sí? —preguntó esperanzada.

—Sé que me va a costar comprenderte y que en algunos momentos me vas a volver loca, pero podemos intentarlo. Yo tampoco te prometo que esto vaya a funcionar, no tengo nada claro que una chica de ciudad como tú se vaya a adaptar a esta vida y dudo mucho que yo me vaya a vivir a Boston contigo, sin embargo, me gustaría conocer a la verdadera Jules que se esconde detrás de esa armadura de mujer de negocios. Y nada de mentiras ni secretos—amenazó Kate dándole un beso en la mejilla.

—No me comprendo ni yo misma—bromeó Julia.

—Vas a hacer mucho bien por esta comunidad, quizá ganes dinero con ello, pero vas a ayudar a mucha gente y has puesto el bien de la comunidad por encima del dinero en algunas de las medidas que quieres tomar. Eso es lo que ha hecho que venga a hablar contigo—reconoció Kate.

Julia respiró hondo a apoyó la cabeza en el hombro de Kate rodeando con el brazo su cintura y sintiendo el calor de su cuerpo antes de volver a hablar.

—La idea original no era esa ni mucho menos—reconoció Julia—tengo que contártelo porque hemos quedado en que no habrá más mentiras ni secretos.

—Joder, ahora que me había relajado, vas a matarme a disgustos, no sé si quiero escucharlo—exclamó Kate medio en broma medio en serio besando la frente de Julia—. ¡Venga, sin secretos!

Adelante.

—Solo había venido hasta aquí porque tu padre no se acababa de decidir a vender. Si no, lo hubiese firmado todo desde Boston. Y la idea inicial era acabar con el hotel para borrar todos los recuerdos que tenía de este lugar. Dentro de mí hay todavía una niña de doce años que se despierta por las noches y que culpa a este hotel del divorcio de mis padres—se lamentó Julia.

—Yo era parte de ese recuerdo, no sé cómo me tengo que tomar que me quisieras borrar—bromeó Kate comprendiendo las razones que acababa de escuchar.

—Tú eres lo único que impidió que me volviese loca esa semana, y lo curioso es que al llegar aquí y volver a pasar tiempo contigo sentí una tranquilidad especial, hasta fui capaz de dormir sin pastillas estos últimos días. Causas un efecto en mí que no acabo de comprender—reconoció con un suave beso en los labios.

—Te estás poniendo nostálgica, chica de ciudad.

—Sí, lo admito.

—¿Te marchas mañana?

—Puedo quedarme un tiempo si quieres—respondió con un susurro.

—¿Es necesario que conteste?

—Solo te pongo una condición, que me lleves en tu moto a cenar al sitio ese del venado—continuó Julia con un nuevo beso.

—Está bien, pasa por mi cabaña esta tarde a las ocho, si no me queda más remedio para que te quedes, te llevaré en moto a cenar venado—bromeó Kate.

—¿Es una cita, entonces? —rió Julia.

—Supongo que sí, pero aún tenemos mucho que hablar, no te hagas ilusiones y te aviso de que no creo que haya cama en una temporada—contestó Kate estrechándola entre sus brazos.

Julia volvió a su cabaña y deshizo de nuevo la maleta tras llamar a Mark para informarle de que no volvería a Boston al día siguiente, sino que pretendía quedarse unos días extra en Rabell Falls planificando con la nueva gerente del hotel el desarrollo de las ideas.

Tras la llamada, se tiró sobre la cama y cerró los ojos experimentando un sentimiento de felicidad que se le había escapado en los últimos años, como si se hubiese liberado de un pesado lastre que no la dejaba respirar. Sin duda ese lugar tenía algo de magia, o quizá era Kate.

Cuando pasó por la cabaña de los Griffin a buscarla, Kate estaba radiante. Se había arreglado un poco más de lo que era habitual y Julia no pudo evitar morderse el labio inferior al mirarla; estaba preciosa.

—Veó que ya has hecho las paces con la señorita Julia—exclamó el señor Griffin dirigiéndose a su hija desde el porche de la cabaña cuando estaba a punto de arrancar la motocicleta.

—Jules, mis amigos me llaman Jules—exclamó Julia sin pensarlo.

Otros libros de la autora

Puedes encontrar mis otros libros actualizados en mi [blog](#).

A continuación, te dejo enlaces a algunos de mis libros similares al que acabas de leer, aunque en Amazon podrás encontrar más.

“Lucharé a tu lado”

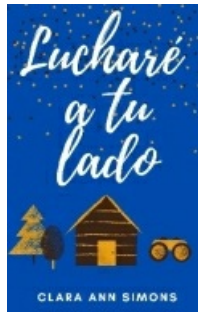
¿Y si la vida te diese una segunda oportunidad veinte años más tarde?

Cuando Sandra vuelve a su pequeño pueblo veinte años más tarde para una reunión de antiguos alumnos de su instituto, no sabe qué se va a encontrar.

Siente que debe pedir perdón por destrozarle la vida a alguien, pero quizá ese alguien no esté allí, o no quiera perdonar o incluso sea una persona muy diferente a la que conoció hace tanto tiempo.

El mismo pueblo pudo haber cambiado mucho en veinte años, o al menos eso espera.

Descubre la historia de Sandra y Natalia en esta novela romántica de segunda oportunidad cargada de ternura y sensualidad.



Versión Kindle y Kindle Unlimited: relinks.me/B08P62KJ64

Versión papel: <https://relinks.me/B08SFVPSTL>

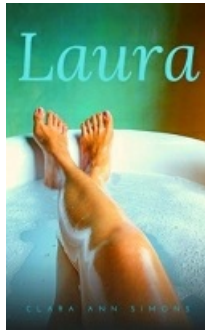
“Laura”

Laura es una profesora de primaria que lucha contra una timidez extrema que le dificulta relacionarse con personas a las que no conoce. Pelea por vencer el miedo y la ansiedad. Ha vivido una serie de experiencias negativas en el instituto y la universidad que le generan inseguridad.

Para complicar más las cosas, lo que era el trabajo de su vida se ve amenazado por el comportamiento de uno de sus alumnos, Alejandro Byl, un niño egoísta, manipulador y malcriado.

Cuando pide una tutoría a los padres del niño espera poner las cosas claras, quejarse, desahogarse, pero no espera que Silvia, la madre del niño, abra un hueco hasta su corazón.

Ahora su vida se derrumba. Su cabeza debe luchar contra su corazón para decidir si le confiesa a Silvia lo que siente por ella. Su timidez y los condicionamientos sociales se le pondrán muy difícil, eso sin contar con que, aunque Laura es lesbiana, Silvia no lo es.



Versión Kindle

[Amazon España](#), [Amazon Estados Unidos](#), [Amazon México](#), [Amazon Brasil](#)

“No cambies Laura” (Segunda parte de Laura)



Versión Kindle: <https://relinks.me/B08JWQPCFJ>

Versión papel: <https://relinks.me/B08JZRXXWMP>

"Angie"

“Angie” es una novela romántica erótica ambientada en el mundo del trading de divisas.

Ruth, una joven ambiciosa de 26 años tiene la oportunidad de formarse durante un tiempo con Ángela, una auténtica leyenda en su empresa, que vive retirada en el norte de España a sus 39 años.

Entre las dos surgirá algo más que amistad. Ruth tendrá que luchar contra sus ideas preconcebidas aceptando que está enamorada de una mujer, mientras que Ángela tendrá que luchar por mantener a Ruth, que debe volver a Madrid para continuar con su trabajo.

En el mes que pasan juntas en Santander, ambas descubrirán una parte de sí mismas desconocida hasta entonces, dando paso a escenas de pasión, ternura y romanticismo.



Versión Kindle:

[Amazon España](#), [Amazon Estados Unidos](#), [Amazon México](#), [Amazon Brasil](#)

Versión papel: <https://relinks.me/B08FBFRMCW>

“Sonsoles-la precuela”

Sonsoles es guapa, joven, inteligente y tiene un trabajo bien pagado. Aparentemente, tiene todo lo que se puede desear, incluida una vida sexual variada.

O quizá no...

La pasional e irreverente Sonsoles tendrá que enfrentarse a la fría Amelia, una compañera de trabajo a la que odia, y que pondrá a prueba muchas de las ideas que daba por ciertas.

Descubre su historia en esta precuela de la novela “Sonsoles” una historia de seducción y descubrimiento entre compañeras de oficina con buenas dosis de sensualidad y erotismo.

Aunque este libro es una precuela de “Sonsoles” que puede ayudarte a entender mejor al personaje, ambos son autoconclusivos y pueden leerse de manera independiente.



Versión Kindle y Kindle Unlimited: <https://relinks.me/B08RJWVYRF>

Versión papel: <https://relinks.me/B08RH39K4B>

“Sonsoles”

Todo parece funcionar a la perfección en la vida de Sonsoles. Es joven, guapa y tiene un trabajo bien pagado. Disfruta de una vida sexual variada con varias mujeres, sin apego a una pareja estable. Cuando debe encargarse de la formación de la chica nueva de su departamento, poco a poco, las cosas se tuercen. Baja las barreras y su corazón empieza a jugarle malas pasadas.

Sonsoles la dura, la independiente, empezará a conocer lo que es estar enamorada.

Lucía, la chica nueva, es totalmente hetero. Vive con su novio desde hace seis años, y esconde un pequeño gran secreto que no quiere que nadie conozca.

Durante un viaje de trabajo a la Feria Industrial de Hanover compartirán habitación, confidencias, secretos y quizá algo más, aunque la vida amorosa de Lucía es un auténtico caos, y está a punto de empeorar.

“Sonsoles” es una historia de seducción y descubrimiento con buenas dosis de erotismo y sensualidad.



Versión Kindle relinks.me/B08DMVM963

Versión papel relinks.me/B08DDJWY13

“Alias Candy” Escrito a cuatro manos junto a Mónica Benítez.

Una ha crecido entre lujos. La otra entre delincuentes.
Alejandra lo hace por obligación, Candy porque lo necesita.
Dos mujeres que no se soportan en una casa aislada.
Dos mundos diferentes a punto de chocar.
Una familia llena de secretos que saldrán a la luz.
Sus vidas darán un giro de ciento ochenta grados al verse envueltas en una organización criminal donde tendrán que poner en peligro su vida para luchar por lo que de verdad quieren.
No te pierdas la historia de Alejandra y Candy en esta novela llena de intriga y superación.



Versión Kindle y Kindle Unlimited: <https://relinks.me/B08MXV7BHR>

Versión en papel: [B08N5TNWYF](https://relinks.me/B08N5TNWYF)

“Alias Lebrón” Segunda parte de Alias Candy, también escrito a cuatro manos junto a Mónica Benítez.

Se supone que tengo que llamar a Olivia para confirmarle que mañana volaremos a Italia para reunirnos con ellos y pasar las vacaciones juntos, no para explicarle con el pulso acelerado y las manos temblando, que todo ha saltado por los aires en las últimas veinticuatro horas.
Ahora Candy es sospechosa de un robo con violencia del que ella afirma no saber nada y sobre lo que yo no puedo evitar tener dudas porque las pruebas que tiene la policía son aplastantes.
Además de eso, alguien nos está extorsionando y por si fuese poco, una inspectora que me pone muy nerviosa y responde al nombre de Julia Lebrón, se ha puesto al mando de la investigación y la tenemos soplándonos en la nuca.
No entiendo nada, hasta hace un par de días se podría decir que mi vida junto a Candy era casi perfecta, y ahora es un puto caos del que no sé si lograremos salir.
Alejandra.



Versión Kindle y Kindle Unlimited: <https://relinks.me/B08TB2YRNY>

Versión en papel: <https://relinks.me/B08T7XK4W2>

Por último, si esta historia te ha gustado te pediría que dejes un comentario en Amazon o

Goodreads. Para una autora significa mucho y es una oportunidad para que otras personas puedan encontrarlo.